

**INSTITUTO CARO Y CUERVO**  
**SEMINARIO ANDRÉS BELLO**  
**MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

**RITMOS PRIMORDIALES**  
**TRES ENSAYOS**

**PABLO ANDRÉS CONVERS HILARIÓN**

**BOGOTÁ D.C.**  
**2020**

**INSTITUTO CARO Y CUERVO**  
**SEMINARIO ANDRÉS BELLO**  
**MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

**RITMOS PRIMORDIALES**  
**TRES ENSAYOS**

**PABLO ANDRÉS CONVERS HILARIÓN**

**Trabajo de grado para optar por el título**  
**MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA**

**Director**  
**JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS CERÓN**

**BOGOTÁ D.C.**  
**2020**

## CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá, D.C., 17 de septiembre de 2020

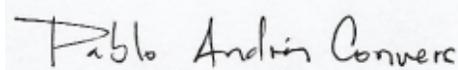
Señores  
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI  
Ciudad

Estimados Señores:

Yo Pablo Andrés Convers Hilarión, identificado(s) con C.C. No. 1018417980, autor del trabajo de grado titulado RITMOS PRIMORDIALES TRES ENSAYOS presentado en el año de 2020 como requisito para optar el título de MAESTRO EN EN ESCRITURA CREATIVA; autorizo a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su (s) autor (es).



C.C. 1018417980

## DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

### AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Convers Hilarión	Pablo Andrés

### DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Cárdenas Cerón	Juan Sebastián

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestro en escritura creativa

TÍTULO DEL TRABAJO: Ritmos primordiales

SUBTÍTULO DEL TRABAJO: Tres ensayos

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020

NÚMERO DE PÁGINAS: 80

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones \_\_\_ Mapas \_\_\_ Retratos \_\_\_ Tablas, gráficos y diagramas \_\_\_ Planos \_\_\_ Láminas \_\_\_ Fotografías \_\_\_

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: \_\_\_\_\_ Minutos.

Número de casetes de vídeo: \_\_\_\_\_ Formato:  $\frac{3}{4}$  \_\_\_ Mini DV \_\_\_ DV Cam \_\_\_ DVC Pro \_\_\_ Vídeo 8 \_\_\_

Hi 8 \_\_\_ Otro. Cual? \_\_\_\_\_

Sistema: Americano NTSC \_\_\_\_\_ Europeo PAL \_\_\_\_\_ SECAM \_\_\_\_\_

Número de casetes de audio: \_\_\_\_\_

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: \_\_\_\_\_)

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):  
\_\_\_\_\_

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico [biblioteca@caroycuervo.gov.co](mailto:biblioteca@caroycuervo.gov.co)):

**ESPAÑOL**

Agua de Dios

Locura

Melancolía

Depresión

Ensayo personal

Autoficción

**INGLÉS**

Agua de Dios

Madness

Melancholy

Depression

Persona essay

Self-fiction

**RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):**

El lector o lectora tiene a su disposición tres relatos que transitan entre el ensayo personal y un registro autobiográfico. Todo lo consignado aquí viene de un ejercicio de honestidad, pero ello no quiere decir que todo sea cierto. En especial pido la indulgencia de las personas a quienes he distorsionado como elementos necesarios para construir una voz verosímil, a través de la cual expresar cosas que están en mí.

Estos ensayos son el resultado de las clases, las lecturas, apuntes, entregas, y textos sometidos al fuego y crisol de los talleres en la maestría de escritura creativa. En cada uno de los ensayos hay exploraciones sobre la primera persona, la memoria, la búsqueda de una poética, el texto como lenguaje escrito, sonoro y visual, y las redes de metonimias y metáforas. Es un reconocimiento al impulso que nos dieron nuestras maestras y maestros para perder el miedo al fiasco, apuntar a las fronteras, y en ocasiones saltar al abismo, caer y pararse para volver a intentarlo.

**RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):**

The reader has at his or her disposal three stories registered between a personal essay and an autobiographical record. Everything wrote here comes from an exercise of honesty, however this does not mean that everything is necessarily true. In particular, I ask the indulgence of the people whom I have distorted as a necessary element to build a credible voice, through which to express things that are deeply inside me.

These essays are the result of classes, readings, notes, deliveries, and texts subjected to the fire and melting pot of creative workshops during the whole master in creative writing. In each of the essays there are explorations about: first person, memory, the search of a poetic, text as written, spoken and visual language, and networks of metonymies and metaphors. It is a recognition of the impulse that our teachers gave us to lose the fear of the fiasco, to point to the limit, and if necessary to jump into the abyss, fall and stand up to try it again.

## TABLA DE CONTENIDO

Texto introductorio .....	1
1. Agua de Dios .....	4
2. Ritmos primordiales .....	31
3. Juego, set, partido jugado .....	52

## **Texto introductorio**

El lector o lectora tiene a su disposición tres relatos que transitan entre el ensayo personal y un registro autobiográfico. Todo lo consignado aquí viene de un ejercicio de honestidad, pero ello no quiere decir que todo sea cierto. En especial pido la indulgencia de las personas a quienes he distorsionado como elementos necesarios para construir una voz verosímil, a través de la cual expresar cosas que están en mí.

Estos ensayos son el resultado de las clases, las lecturas, apuntes, entregas, y textos sometidos al fuego y crisol de los talleres en la maestría de escritura creativa. En cada uno de los ensayos hay exploraciones sobre la primera persona, la memoria, la búsqueda de una poética, el texto como lenguaje escrito, sonoro y visual, y las redes de metonimias y metáforas. Es un reconocimiento al impulso que nos dieron nuestras maestras y maestros para perder el miedo al fiasco, apuntar a las fronteras, y en ocasiones saltar al abismo, caer y pararse para volver a intentarlo.

Las primeras páginas que escribí para aplicar a la maestría contenían el deseo de recuperar una historia familiar perdida en la memoria de mi abuelo. El escrito fue evolucionando en una exploración de la fragmentación familiar, en lo que soy como producto de los relatos y memorias que la componen y que se han venido deformando con el paso del tiempo. Creo que terminó en un exorcismo de emociones y realidades que no podía procesar antes, en una apuesta por contar algo de forma honesta y desde una voz propia. En mi formación como abogado, y durante el tiempo en que trabajé en el Centro de Memoria Histórica, el lenguaje

académico en tercera persona era una barrera puesta entre los hallazgos y el yo que recibía esas historias. No había una transformación que le hiciera justicia a las emociones que albergaban las voces de las personas que entrevistaba. Este fue un camino para reconocer a la persona que escribe, de explorar diferentes registros de la misma voz para contar otras historias.

*Agua de Dios* es una revisión de la historia de la familia de mi madre. Aquella familia, la más cercana a mis afectos, siempre fue contada como un ensueño, que poco a poco, como parte de crecer, se fue transformando. Aquello que estaba oculto empezó a matizar los recuerdos, a dar una profundidad y peso a las historias que resultaban inquietantes. Son los apuntes de las indagaciones que finalmente no llevaron a una verdad reveladora, ni a una constatación del secreto. Es la primera búsqueda de los pilares del yo que escribe, de sus miedos y fue posible gracias a dos clases: los interiores de la escritura creativa, la cual culminó con un decálogo de reglas autoimpuestas para construir una gramática propia del texto, y la clase de escritura argumentativa, que me permitió ver las posibilidades del ensayo por fuera del ensayo académico.

*Ritmos primordiales* es el resultado de trabajos finales para cinco clases: fronteras del arte, vanguardias y rarezas de América latina, alrededores de la escritura creativa, escritura del yo y el seminario de reelaboración artística de la violencia. De fronteras del arte y vanguardias y rarezas de América latina, tomé la exploración del ritmo y la repetición para generar iteraciones, ritmos que pudieran desanudar memorias. Empezó como un ensayo para escribir una canción, pero se fue convirtiendo en un ejercicio para descifrar quién escribe y cuáles son sus miedos. De alrededores de la escritura creativa, retomé los ejercicios para problematizar el

tiempo. De la escritura del yo, tomé la importancia de la distancia y el extrañamiento necesario para construir una primera persona verosímil, completamente expuesta. Del seminario de reelaboración artística retomé el taller de ejercicios violentos de endurecimiento.

*Juego, set, partido jugado*, fue quizá el texto con el cual tuve mayores desencuentros. Cuando fue tomando cuerpo mi trabajo de grado, discutí con mi director y llegamos a la conclusión que se trataba de decir algo sobre mi familia, sobre mí y sobre una locura que nos atravesaba a todos. Sobre la familia conté el secreto de la lepra, de mí, un camino de reconciliación con la tristeza. Sobre la locura, primero hablé de mi hermano, de cómo creí que había caído preso de una locura que circundaba en nuestra familia. Pero no lograba ahondar en la locura, no reconocía lo que habitaba en ambos. Finalmente logré amasar fuerza suficiente para enfrentarme a este texto y hablé del miedo al miedo, de la muerte.

Este trabajo no es solo mío. Es el resultado de las lecturas de mi madre y padre, de amigas y amigos. Es la revisión certera y siempre acertada de mi director de tesis y de Ana. A ellos les agradezco su paciencia y confianza depositada. Al lector o lectora, le encomiendo retomar este trabajo que tuve que abandonar para que fuera terminado con su lectura.

## Agua de Dios

1.

Llegamos al pueblo y nos sentamos en una cafetería llamada Los Reyes, diagonal a la plaza central en la calle Real. Comimos un buñuelo con café, esperando que fuera la hora de reunirnos con María Teresa, la directora del Archivo General y el Museo del Sanatorio de Agua de Dios. El calor iba aumentando a medida que se acercaba el mediodía y aún no nos recuperábamos del bochorno del Puente de los Suspiros, donde habíamos estado tomando fotos y grabando algunos planos. El puente atraviesa el río Bogotá por el camino que viene de Tocaima y va hacia el antiguo leprosario de Agua de Dios. Se dice que, en ese puente, se despedían las familias de quienes serían internados en el Lazareto. De ahí su nombre. Hoy es un puente apenas en pie, unas ruinas que le dan al relato un cierto aire mítico que, sin embargo, se desvanece pronto por los grafitis recientes.

Caminamos de la tienda al edificio Carrasquilla, herencia del antiguo Lazareto, donde se encuentran varias de las oficinas del Sanatorio. Nos presentamos con María Teresa y su equipo. Además de entrevistarla y conocer el copioso archivo que conservan, recorrimos dos habitaciones con distintos objetos que conformaban el museo del Hospital. Me llamó la atención la máquina de electrochoque con su respectiva camilla.

María Teresa nos contó que en Agua de Dios había una colina donde las personas subían para ahorcarse. De parte de la dirección del Lazareto se ordenó la tala de los árboles para que no

podieran colgar las sogas, y los curas encomendaron la construcción de un santuario en la cima. El santuario, que aún permanece en pie, fue solo el primero de muchos otros templos erigidos en para crear una especie de zona de contención espiritual para los enfermos de lepra en Agua de Dios. Pero ni la tala ni los santuarios resolvieron el problema de los suicidios. Así que fue apenas lógico para la dirección solicitar las máquinas necesarias para probar el novedoso tratamiento de terapia de electrochoque, utilizado en los pacientes con depresión profunda. La máquina debería solucionar el problema extirpando de cuajo cualquier idea de suicidio en la mente de los pacientes del Lazareto.

Pedazos de lepos, rostro de liebre. Una imagen viene a mí desde las ruinas de la máquina. Nodos a lado y lado de la cabeza, a la altura de la sien. En la boca un protector para evitar que se muerda la boca o que su lengua se deslice por la garganta y genere un paro respiratorio. Los brazos y piernas amarrados por correas a una camilla de patas metálicas y recostadero de cuero negro. Una mano gira los engranajes que modulan la salida de los voltios producidos por la caja, beige por fuera, negra adentro, siempre reluciente, y la corriente invisible empieza a fluir. En la cara frontal, justo en el centro de la máquina, hay una aguja dentro de un vidrio en forma de media luna, se balancea cual equilibrista entre rayas y números, mientras el cuerpo se retuerce en medio de convulsiones eléctricas. La mano debe perfeccionar cierto ritmo, una proporción alquímica debe ser descifrada, la cantidad de electricidad y las pausas entre una convulsión y otra para restablecer el equilibrio de las sustancias químicas del cerebro y abrir camino entre las conexiones neuronales. La electricidad se abre trocha, recorre y corta como punta de machete a través de rastrojo, barbecho y maleza. Las convulsiones se detienen, la máquina se ha apagado. La luz se ha ido de nuevo y quien opera la máquina solo espera haber

concluido su labor, que las ideas suicidas hayan sido arrancadas, al menos por unas semanas, hasta la próxima sesión. Se llevan el cuerpo desorientado, tembloroso y fatigado.

Desde luego, la máquina tampoco resolvió el problema.

Después de visitar el museo, nos despedimos de María Teresa y fuimos al encuentro de una vecina de mi madre, que vivía en su mismo edificio en Girardot y trabajaba como fisioterapeuta en el Sanatorio. Fuimos a su consultorio en uno de los pabellones que antes perteneciera a una orden religiosa de las Hermanas de la Presentación. Ahí atendían solo a mujeres, todas ancianas. La costumbre de tratar a los internos separados por sexo permanece aún después de clausurado el leprosario. La mujer nos invitó a conocer a las pacientes que tenía internas. Muchas de ellas presentaban mutilaciones, vendas que les cubrían heridas inimaginables. Nos vieron pasar con mirada indiferente, perdidas en la televisión, en el jardín, en las manos que les servían de apoyo o de consuelo.

Fue una visita protocolaria. No había mucho tiempo si queríamos volver a Bogotá ese mismo día. Antes de irnos, cuando ya estábamos lejos de las enfermas, mi madre le preguntó a su vecina si había un baño cerca. Después de mi madre entré yo, con la misma urgencia, lavarnos las manos. Mientras lo hacía me preguntaba el por qué, sabía que no había necesidad, que la lepra tratada correctamente no era una enfermedad contagiosa.

Claudia Platarrueda cuenta en su libro *La voz del proscrito* que una de las razones para la creación de Agua de Dios, hacia 1870, fue que los pobladores de Tocaima se manifestaran en contra de la remisión de los entonces llamados *elefanciacos* a esa población y propiciaran la

expulsión de los asentados ahí. El Lazareto se ubicó al otro lado del río Bogotá para aprovechar la frontera geográfica, garantizando así su aislamiento de otras poblaciones y facilitando el transporte de las personas enfermas por el río Magdalena. En ese entonces los enfermos de lepra debían llevar un sombrero que los identificaba y advertían al resto de la población del potencial contagio. Hay elementos de la exclusión que resuenan, como formas que se repiten en la naturaleza, las formas de violentar a otros seres humanos tienen ecos a través de la historia. Siempre hay marcas creadas para delimitar la violencia y el privilegio. Dios envió la plaga del ángel de la muerte sobre Egipto para que el faraón liberara a su pueblo, una enfermedad que tomó la vida de todos los primogénitos. Solo se salvaron aquellas familias que untaron sangre de cordero en los portales de sus casas. Los judíos fueron obligados a llevar brazaletes con la estrella de David en sus brazos durante el régimen nazi para someterlos a un exterminio sistemático en los campos de concentración. En Agua de Dios, al hablar de las medidas de segregación durante la época del leprosario, se hace referencia a los campos de concentración. Hay elementos que resuenan; el alambrado de púas, los guardias custodiando las fronteras, los controles de entrada y salida, el registro minucioso sobre la estadística poblacional, los tratamientos médicos experimentales, la policía interna, la reclusión de los enfermos. Pero dicho símil invisibiliza el hecho de que, para muchos, Agua de Dios fue un hogar y un refugio.

Durante muchos siglos la fe católica creía que sobre las personas enfermas de lepra caía un juicio divino, por sus actos en vida, por los de su familia o su pueblo. Era un castigo. Luego fue una prueba o penitencia para aquellos que ya tienen el reino de Dios ganado tras su muerte. El leproso ha sido castigado por Dios en cuya gracia también le ha dado la oportunidad de hacer penitencia por los pecados cometidos por él y por la humanidad. Michel

Foucault dice que la penitencia del leproso debía ocurrir al margen de la congregación, y aun apartados debían atestiguar: la exclusión era una forma distinta de comunión con la fe.

En la Edad Media, el leproso era un signo de corrupción, emblema de putrefacción. Alrededor del leproso se debía realizar un círculo sagrado para entender la exclusión como forma de salvación. En la modernidad, el método científico demandaba la institucionalización y regularización de la lepra y de la locura, de la anomalía, pero la exclusión también tenía una ritualidad, una función sagrada; ordenar el caos, recoger, agrupar y ordenar los cuerpos enfermos, mantener la higiene.

La mención más reconocida en el Nuevo Testamento es la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro del Evangelio de Lucas (16, 19-31), en la que Lázaro, pobre y lleno de llagas se encuentra en su sufrimiento sin socorro, mientras el rico Epulón viste de púrpura y lino fino disfrutando de un banquete. Lázaro es recibido en el seno de Abraham luego de su muerte. Epulón es llevado a los fuegos del Hades. Lázaro es el cuerpo sobre el cual cae la ira de Dios, y el alma bendecida con el paraíso tras su muerte.

Los primeros ordenados católicos que abrieron sus casas al cuidado de enfermos de lepra estaban encomendados a San Lázaro de Betania, sobre quien Jesús realizó el tercer milagro de resurrección. Hay dos aspectos importantes de este milagro: es la única resurrección que Jesús realiza sobre un amigo. Es, además, una de las tres veces que el evangelio muestra a Jesús llorando. Es un milagro mucho más personal, en el que Jesús revela su humanidad.

Los Lazaretos son otra forma en que llaman a los leprosarios, también llamados leprocomios, y es posible que se deba a la parábola o al santo patrono de los primeros cuidadores de la enfermedad entre los católicos. Lo que más me llama la atención es el potencial metafórico que rodea el relato católico alrededor de la enfermedad, quienes padecen de ella y quienes hacen los votos para cuidarlos.

Hace poco vi una foto de una página del diario El Tiempo, una noticia de hace 100 años. Era noviembre 25 de 1918 y el titular decía: Leprosos están sin comida. En Agua de Dios, cuatro leprosos habían muerto de hambre por falta de raciones. No entraba en detalles, hacía énfasis en la difícil situación del Lazareto y del país pues los préstamos a corto plazo propuestos por el exministro de Tesoro, Simón Araujo, no habían logrado solucionar la crisis nacional. La crisis del país pasó y vino una época de prosperidad. Los enfermos de lepra continuaron en Agua de Dios. La foto que acompañaba la nota era un grupo de mujeres, algunas con vendajes alrededor de sus frentes, dos monjas en blanco y negro se encuentran en el centro de la foto erguidas como guardianas, y atrás, justo en el centro, una estatuilla de la Virgen María. Las mujeres internadas, aparecen con faldas y blusas largas, están mirando hacia abajo en su mayoría, como si estuvieran rezando. Una mujer tiene una mancha sobre la mitad de su rostro.

Almorzamos frente al colegio Miguel Unia, en un restaurante pequeño y con un solo ventilador que no parecía servir de mucho. De fondo se escuchaba el barullo de niñas y niños.

El colegio fue fundado por los salesianos poco tiempo después de su llegada a Agua de Dios. Mientras comía, recordé de nuevo el libro de Claudia Platarrueda, donde se menciona cómo las personas enfermas al interior de los lazaretos habían desarrollado formas de resistencia

frente al escrúpulo de los sanos y forasteros: le llamaban la vacuna. La inoculación se podía dar ofreciendo la mano al saludar, abrazando al escrupuloso o incluso ofreciéndole comida que habían tocado. Un abrazo que cura el miedo, una inoculación. Cuando lo criminal es apartar a las personas del abrazo de sus seres queridos, privarlas de una necesidad primaria, tocar y ser tocado, un abrazo rescata del exilio.

Pensé de nuevo en mi escrúpulo, en el miedo que me produjo la idea de contraer la enfermedad, en que quizá alguien habría tocado mi comida o los cubiertos. Vi mis brazos recostados contra la mesa de plástico y respiré profundo, me llamé al orden y reconocí que aquel miedo, por más irracional que fuese, estaba fundado en la posibilidad de una predisposición genética en mi familia a la enfermedad.

Volví la mirada al colegio y me imaginé a los primeros salesianos, al padre Variara, quien logró que se reconociera la primera comunidad religiosa de monjas de Agua de Dios en la que se podían ordenar mujeres con lepra e hijas de padres con lepra. Pensé en la disposición mental necesaria para dedicar la vida al cuidado de los enfermos, para afrontar la incertidumbre ante la posibilidad del contagio. El papel de las comunidades religiosas en los lazaretos es complejo, pues los sacerdotes eran al mismo tiempo cuidadores y carceleros, educadores y verdugos. Tal como señala Platarrueda, en las memorias de los sobrevivientes se pueden encontrar historias de gratitud y abuso.

Después de almuerzo, antes de salir para Bogotá, hicimos unas tomas de la colina de los suicidas y de las ruinas de la casa de descontaminación. Aquel era el lugar que marcaba el tránsito entre el afuera y el adentro, no había vuelta atrás, ahí era donde las personas dejaban

todo lo que traían. Era la entrada del estadístico del Ministerio de la Higiene que venía cada tanto a tomar las fichas demográficas; cuántos llegaron, cuántos murieron. Nos contó María Teresa que, antes de salir, estos hombres quemaban la ropa con que habían entrado y se ponían una muda que dejaban en la entrada, no sin antes pasar por gases y agua con químicos desinfectantes. Mientras grabábamos las imágenes, un viejo que parecía un reciclador de basura nos abordó y nos hizo varias preguntas, dijo que tenía unas llantas cerca y quería cerciorarse de que no nos las llevaríamos. La intrusión amenazante del viejo solo ahondó la sensación de energía pesada que tenía todo aquel lugar.

El miedo al contagio de la lepra está relacionado con el miedo al desmembramiento, a la desestructuración, a la deformidad del cuerpo. En *Los días azules*, Fernando Vallejo describe una visita de la futura suegra de uno de sus tíos. La señora, ya vieja, tenía una pierna mutilada y andaba en muletas. Él temía que tuviera lepra y que se la prendiera y así terminara perdiendo la nariz o el pene.

El miedo a la lepra habla de nuestras ansiedades con respecto al mundo antiguo. Es una enfermedad a la que le damos la espalda y sobreponemos nuevas ansiedades propias de nuestro presente. Encontrarse frente a una persona con lepra es ver un fantasma del pasado. Algo que no está presente en nuestras pesadillas recurrentes, pero sigue asustando. Es una infección causada por el crecimiento lento de una bacteria llamada *Mycobacterium leprae* que, de no ser tratada a tiempo, puede afectar los nervios, la piel, los ojos, y el tejido blando de la nariz.

A finales del siglo XIX, cuando el Estado colombiano decidió aislar a las personas enfermas de lepra para evitar el contagio, se empezó a practicar el secuestro de las personas sospechosas de tener la enfermedad. Realmente no había un criterio médico para aislar a los pacientes. Militares y funcionarios de la Oficina de Higiene subían a camiones a todas las personas con deformidades en su cuerpo, entre ellas, personas con labio leporino, labio de liebre. Niños, niñas, jóvenes, adultos y viejos eran secuestrados y llevados a tres lazaretos: Caño de Loro, Contratación y Agua de Dios. Otras personas llegaban buscando un refugio del estigma o en busca de toda clase de curas milagrosas.

Lepra, según algunas fuentes, es una palabra que proviene del latín *lepus*, liebre, el animal al que se asemeja la deformidad en nariz y labios causada por la enfermedad. Aunque la palabra lepra también puede provenir la raíz griega *lépos*, que quiere decir piel, o de *leperós* que significa hombre escamoso. Seres cuya piel cae como caen las escamas de algunos animales, solo que en su lugar no crecen nuevas escamas: apenas hay sangre y carne viva. Rostro de liebre latina. Escama de reptil griega.

Eula Biss, en su ensayo *Sobre el contagio: una inoculación*, argumenta que el lenguaje está hecho de metáforas y cada palabra viene con una revelación de un fósil poético. Luego trae una cita de James Geary para decir que en nuestros cuerpos, pensamientos y acciones priman nuestras metáforas.

Leprosario cárcel, lazareto presidio, *claustorelación*, la abuela enferma del corazón que cuida al abuelo que ya viejo sigue enfermo de celos. Ambos vigías de ruinas que se van fragmentando, desmoronando, cayendo a pedacitos. La abuela esperando la muerte del abuelo,

el abuelo terco, quitándole su encuentro con la libertad. Con cada paso que dan en ese desierto de engaños imaginados, malentendidos nunca aclarados y culpas maduradas, sus almas se van diluyendo y se van fundiendo con la casa. Mi abuelo recuerda mi nombre, pero no logra atarlo a mi rostro. Yo no puedo reconocerlos ya, sus rasgos son borrosos.

El leproso como cárcel. María y José buscando el camino de vuelta a Rubén y Julia, a sus hermanos y hermanas, para volver a existir en ese mundo que se ha cerrado para ellos. María y José escapando para dejar de existir en una pesadilla creada para sus cuerpos.

¿Y si fuera refugio y no prisión? Los castillos son el revés de las prisiones, las torres son prisiones para las princesas. Una princesa prisionera en el castillo. El rey niño prisionero en la ciudad prohibida. Los castillos también tienen calabozos y salas de torturas. Las rejas, los candados, las puertas, las chapas, todo está para protegernos en tanto tengamos las llaves. Sin llaves todo seguro es prisión. Quién tendría para sí un hogar prisión. Un santo de las catacumbas, tal vez, una mente en busca de reclusión, un monje en la gruta. Ciertos pensamientos solo prosperan en la montaña o el desierto, lejos del tiempo hostil del mundo. Hay pensamientos que solo echan raíz lejos de los cuerpos plagados de miedo, lejos, donde el cuerpo enfermo es solo otro cuerpo más y el potencial contagioso es liminal.

Un cuerpo enfermo de miedo y otro cuerpo escamoso. Lepos perdiéndose poco a poco en un rincón olvidado, mientras el otro cuerpo descansa creyéndose sano. Rostro de liebre. María y José deseando una vida en aquel lugar, lejos de Rubén y Julia, lejos de la locura que corre en la sangre de su familia. Campo de concentración. Refugio.

De vuelta en Bogotá empecé a leer sobre los lazaretos y su relación con la institucionalización de la locura. El leprosario aparece como una figura con un pie en la modernidad y otro en la Edad Media. La locura también. Locos y leprosos son testigos del fin del mundo. Alrededor de locos y leprosos se debía dibujar un círculo sagrado para la contención de su profecía. Para la protección del cuerpo social, su sufrimiento debía hacerse en un viaje de aislamiento para salvar al resto, su dolor contenía la salvación de los hombres. Con el pensamiento moderno los cuerpos enfermos son el lienzo para la búsqueda científica de la cura arrebatada por el fruto prohibido.

Los leprosarios eran dirigidos por médicos y curas. La religión conjugada con la modernidad para la búsqueda del milagro, la prueba reina de la existencia de Dios a través de las manos de Jesucristo, el fuego purificador del sagrado corazón, el toque de San Roque y la piedad de Santa Teresa. Guardianes de los cuerpos y almas, verdugos de un presidio obligado o santos, tormento o redención.

Los primeros médicos no veían a los cuerpos leprosos, toda consulta era tras el rejado, ni siquiera se bajaban del caballo. Hacían su diagnóstico y lanzaban la medicina. Aplicaban una disciplina de curación a distancia, emulando a Jesús cuando curó el sirviente del centurión, pues Jesús no podía curar a un pagano mediante el contacto, pues quien tocaba a un pagano se contaminaba de su pecado. Con la construcción del Hospital dentro del leprosario, los médicos entraban por la casa de descontaminación y salían al cumplir su rotación por el mismo lugar. Los pacientes no entraban al consultorio, los médicos los examinaban desde adentro. Cómo podría acudir al encuentro con el síntoma sin palpar el cuerpo con las manos, sin mover el estetoscopio sobre el pecho, sin escuchar de cerca la respiración, ver el iris, tocar y oler el

tejido blando descomponiéndose. Cómo acudir a los síntomas de la locura en la lejanía de la cordura. Eventualmente, la comprensión médica de la enfermedad fue descartando el contagio tal como se concebía en un principio, otros factores debían acudir al contacto con el bacilo para enfermar, tales como una predisposición genética y un sistema inmune en mala condición.

Sin embargo, la vastedad de los virus y bacterias a los que estamos expuestos es ridícula. El cerebro viene equipado para suprimir la consciencia constante de la muerte, de la enfermedad que acecha, pero cuando se hace visible lo incomprensible, el miedo se dispara. Nuestros miedos no responden a lo probable o incluso a lo posible. Muchos de los gérmenes que antes nos hacían daño ahora hacen parte de funciones esenciales para nuestra supervivencia. La inmunidad es un mito, nuestros cuerpos son vulnerables, el paraíso se ha perdido y la caja de pandora ha sido abierta, ningún mortal puede volverse invulnerable, la inmunidad y el contagio son relatos que tratan el equilibrio endeble de nuestra necesidad de estar en control y la indefensión en la que nos encontramos frente a la naturaleza y nuestra propia mortalidad. La misma vulnerabilidad habla de nuestra capacidad de ser susceptibles al mundo, de la plasticidad del cuerpo para la transformación.

El cuerpo está sometido a los azares de la catástrofe, en las tragedias no nos podemos mantener seguros de nuestro destino, cualquiera que sea. Estamos rodeados de peligros: pintura de plomo, cromo hexavalente en el agua, azúcares, pesticidas y fertilizantes, mosquitos, enfermedades, accidentes de tránsito, y constantemente hacemos la apuesta de Thetis que deja caer de cabeza a Aquiles recién nacido en las aguas del río Styx para protegerlo, dice Biss. Queremos protegernos y proteger a nuestros seres queridos, pero todo lo

que abriga pesa. Al igual que mi madre, detesto las rejas en las ventanas de la casa, no puedo dormir en un cuarto enrejado, odio las alarmas de los carros. Nos sentimos seguros con mecanismos que ideamos para prevenir el desastre, pero juegan en contra de nosotros, siempre nos revientan en la cara.

El cuerpo enfermo amenaza porque en él se encuentra la promesa de la expansión de su corrupción. El miedo radica en la polución del cuerpo por el contacto con la esencia de otro cuerpo que imprima una transformación. Que el cuerpo propio se vuelva ajeno, que pierda todo rastro de identidad y deje de ser reconocible. El miedo se construye desde el lenguaje. Los miedos y el lenguaje tienen en común que en un principio no son ajenos, los aprendemos y apropiamos.

El miedo es una enfermedad contagiosa. El miedo al leproso es un germen que nunca ha dejado de atacar la mente humana. El estigma lo llevan todos a quienes podamos ponerles la etiqueta de *otros*, los extraños, los peligrosos, los enfermos. Lina Meruane dice que existimos en una trama infinita de relaciones de inevitable contagio. Es una idea que comulga con el pensamiento de Susan Sontag, quien encuentra frecuente el uso de las enfermedades contagiosas que amenazan con la transformación del cuerpo en la política. La sociedad como un cuerpo y el contagio de la enfermedad como la expansión de fuerzas nocivas para el funcionamiento del mismo. La metáfora de la sociedad como cuerpo presupone una jerarquía, la mente sobre el cuerpo, y todo aquello que se contraponga a dicho funcionamiento es una enfermedad que debe ser erradicada. La enfermedad como algo que merece un castigo. El miedo al contagio se encuentra inscrito en nuestra historia reciente como nación, desde principios del siglo XX, tras la revolución bolchevique y luego la revolución cubana, la

expansión comunista en América Latina se representó como una epidemia aterradora, que amenazaba con acabar con todo lo que conocíamos como vida. La metáfora de las ideas como virus es recurrente. Tanto en la enfermedad biológica como social, el estigma y la violencia recae sobre el cuerpo enfermo.

Nuestros cuerpos y mentes son vulnerables y contagiosas. El germen, el miedo, las ideas corresponden a una realidad atroz. Nuestros cerebros son vulnerables y las ideas que hacen nido en él son contagiosas. El peligro de la evolución de la bacteria permanece en mi imaginario. El miedo a enfermar, a estar enfermo creyéndome sano.

## 2.

Ha pasado casi un año desde esa primera visita a Agua de Dios. Más de un año desde que mi madre me contó una historia que ella había escuchado de mi abuelo.

El abuelo Álvaro José tiene 94 años, aunque puede que tenga más. Nunca pensé que fueran tantos hasta que un día su pelo se tornó completamente blanco, su espalda se encorvó, sus piernas dejaron de caminar y su mirada se perdió en sus propios pensamientos. Le cuesta respirar, cada momento es un esfuerzo para seguir despierto. Él dice con tranquilidad que pronto ya no despertará, pero la terquedad con que se aferra a seguir abriendo los ojos da cuenta de una imagen que no lo deja morir. Pienso que la única razón que lo despierta en las mañanas, lo que lo mantiene atado a su consciencia en el sofá, es la idea de que la abuela, después de su muerte, sea libre para hacer fiesta con sus amantes sobre la cama, en la sala, en los baños, todos esos hombres comiendo de la vajilla con decorados de oro, sacando los

cubiertos de plata, la abuela gastando su pequeña fortuna en viajes eróticos. Y que Virginia, tras su muerte, dejará de ser su esposa.

A veces la mente del abuelo parece estar intacta, pero no me reconoce. Sabe que tiene un nieto que es abogado y ha viajado mucho. Para sus hijos e hijas, el abuelo fue envejeciendo poco a poco, para mí fue cuestión de una navidad a otra. Mi madre me hace el reclamo que eso se debe a que me perdí demasiadas navidades. Es verdad. No sé mucho de la familia de mi madre. Su familia, en resumidas cuentas, es más de ella que mía, pero el abrazo de su sangre, mi sangre, siempre encuentra formas de alcanzarme. Mi ausencia es la traducción de varios intentos de escape fallidos.

Hace un año que mi madre llevó a su hermana, la tía Pili, y a los abuelos Álvaro y Virginia a Ricaurte. Iban a conocer el apartamento que mi madre estaba estrenando con su esposo y aprovecharon la buena disposición de todos para ir a Agua de Dios. La noche antes de regresar a Bogotá, el abuelo le contó a mi madre algo. Dijo que había recordado a sus hermanos. Ellos habían estado internados en el leprosario. María Antonia, José Ignacio y Margarita María. Las palabras del abuelo cayeron como una revelación.

Álvaro José es el menor de ocho hermanos, cuatro mujeres y cuatro hombres, todos hijos de Rubén Hilarión y Julia Sánchez. Del grupo de los mayores no se sabe mucho, del primogénito no he logrado dar siquiera con su nombre. Los nombres de los siete restantes son María Teresa, José Ignacio, María Antonia, María Leonor, José Alfonso, Margarita María y Álvaro José. Las tías María Teresa, María Leonor, Margarita María, y el tío Alfonso, ya fallecieron.

Al día de hoy no encontrado prueba de que la tía Margarita María haya estado internada en el Lazareto o que haya padecido la enfermedad de Hansen. Según cuentan sus hijos y mi madre, al parecer no presentó síntomas visibles, aunque aún joven, viuda y con tres hijos, se le empezaron a cerrar los puños poco a poco hasta que ya no pudo volver a abrirlos. Dicen que solo volvieron a ver las palmas de sus manos en su lecho de muerte.

La ley del abuelo Álvaro José es vieja, es la del esposo duro, posesivo, celoso, ausente emocionalmente, administrador milimétrico de las finanzas de la familia, del buen padre. Él es el conservador que se ha mantenido fiel a los valores católicos y las buenas costumbres, que no cuestiona el poder, lo legitima como único orden posible para hacer frente al bandolerismo y el caos. Su hermano José Alfonso fue teniente de la Policía, alcalde de Muzo y comandante de los Chulavitas en esa región. Luego se dedicó a escribir. En uno de sus libros, *Las balas de la ley*, las hordas liberales son dibujadas como bandoleros inclementes y la Policía, el Ejército y los Chulavitas como héroes patrios. En otros libros de escritores liberales de la época y en investigaciones de violentólogos como Gonzalo Sánchez, se habla de las atrocidades cometidas por estos grupos. En los cuatro libros que publicó José Alfonso, no reparó en contar la historia de sus hermanos perdidos en Agua de Dios. Me pregunto si quizás lo evitó por un miedo a ahondar en pasadizos sinuosos en su propia memoria o porque era aún niño cuando se los llevaron y no tenía un recuerdo de ellos, aunque Margarita María era menor que él.

Tal vez María Teresa, una de las hermanas mayores, sabría la historia de los hermanos, de cómo de ocho solo cuatro terminaron en el relato oficial de la familia. Ella también escribía. Trabajaba para la revista *Cromos* redactando notas. En todo caso ella es un enigma tan opaco como el de José Ignacio, María Antonia y Margarita María. Ella también está por fuera del

relato de la familia de José Álvaro, mi abuelo. Aún permanece oculto el motivo por el cual se apartó tanto de la familia, solo la tía María Leonor sabía de ella. Ambas fallecieron ya. Le pregunté a mi madre por su tía, a quien nunca conoció, pero dijo que de haber trabajado en *Cromos* sería entre 1940 y 1950, pues la tía María Teresa era bastante mayor que el abuelo e incluso que la tía María Leonor. De Alfonso se habla de sus obras y de su irresponsabilidad financiera, de sus aventuras por todo el país y de sus dos familias, una en Bogotá y otra en Barranquilla, donde falleció.

Lo más seguro es que nadie en la familia contara la historia por miedo al estigma social.

Hay algo terrible en ser desterrado de la memoria. Y en la misma vía, pero en diferente orilla, es casi criminal contar la historia propia omitiendo a los propios hermanos y hermanas. Es una forma de morir y de matar. Me pregunto en qué relatos he sido desterrado y enterrado. José Ignacio, María Antonia y María Teresa, los primeros hijos de Rubén Hilarión y Julia Sánchez estaban muertos, eran fantasmas en la casa, invisibles en la memoria de la familia, ausentes de cualquier álbum.

Luego del viaje de los abuelos a Agua de Dios, la abuela Virginia le contó a mi madre que una prima suya había trabajado en el leprosario. Esa prima le contó que dos de los hijos de Margarita María eran realmente de un médico. Margarita María tuvo dos hijos y una hija, pero Hernán, el mayor, no tiene el mismo grupo sanguíneo de los otros dos. José Jiménez Lizarazo, esposo de Margarita María Hilarión, en su lecho de muerte llamó a Hernán para que se acercara a su lado. Estaba tendido en una camilla dentro del sanatorio de Agua de Dios. José es recordado como un hombre gentil, pero al final de sus días lo agobiaba la idea de morir

dejando a Margarita viuda, con tres hijos y en la quiebra, luego de perderlo todo en un préstamo en el que le habían prometido unos intereses jugosos. La persona en quien confió, desapareció defraudando a más de una familia. Hernán dice que la pena moral que le siguió, lo llevó a aquel pasillo. Hernán se acercó y José le dijo: me voy en un viaje del cual no puedo regresar, como el hombre de la familia, te encargo la responsabilidad de que todos estén bien. Hernán tenía 6 años. José falleció al poco tiempo.

La misa del sepelio de José Jiménez Lizarazo fue en la Catedral de Agua de Dios el 7 de junio de 1961. Ahí estuvo Margarita, sus hijos y mi abuelo Álvaro. Miguel Ángel de 4 años y Helena de 2, no entendían lo que pasaba, jugaban mientras los adultos llevaban el féretro. Todos tres hijos llevan el mismo apellido, Jiménez Hilarión. Un día me senté con ellos y me contaron sobre Margarita, que había logrado criarlos sola. El abuelo Álvaro la ayudaba en ocasiones. Había un médico que aparecía en los relatos, Eduardo García Rueda. Puede que la relación, cualquiera que fuera entre ellos, no pasó desapercibida en las lenguas indiscretas de Agua de Dios, que le indilgaban la paternidad de los sus hijos más pequeños de Margarita al médico.

### 3.

Cómo se construye la mirada a los cuerpos signados por una enfermedad que transforma notoriamente el aspecto de las personas, se pregunta Claudia Vanegas Platarrueda en *La voz del proscrito*, mientras Jorge Barón Biza explora las posibilidades de relatar la metamorfosis del rostro de su madre, después de que su padre la atacara con ácido, una narración del cuerpo como paisaje en su libro *El desierto y su semilla*. Pienso, quizá con la mirada enferma y atrapado en las metáforas de la lepra, que mirar y narrar esta enfermedad obliga a una ruptura

con el canon y la forma en que miramos a las personas. Para ello hay que realmente mirar la lepra, afrontar el miedo al contagio, vacunarse a partir del contacto quizá. Si apartamos la mirada, el lugar seguro que queda para nosotros es suscribir la persona a la enfermedad, a un diagnóstico.

El cólera es una enfermedad que simplifica un yo complejo, dice Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas*. Creo que lo mismo se puede decir de la lepra. Platarrueda cita a Erving Goffman al respecto y dice que las marcas visibles que desfiguran el cuerpo se convierten fácilmente en atributos desacreditadores y usualmente se convierten en estereotipos que la persona afectada por una enfermedad como la lepra deberá cargar durante toda su vida. Mirar lleva a desmitificar la enfermedad, entender que no siempre se encuentra relacionada con la deformidad o con una vida de sufrimiento.

Un día le estaba tomando fotos a Ana, mi novia, y siempre capturaba una expresión que no recordaba haber visto mientras las tomaba. Mi cerebro tiene una imagen construida de Ana, tal como la imagino ahora. No deja de ser una ficción que construyo para entender sus colores, formas y movimiento. La lepra rompe esa imagen e instala otra, una desestructuración molecular que aterra la continuidad que tiene para nosotros un rostro.

No es fortuito que haya tenido que dejar de ver a los abuelos para realmente darme cuenta lo mucho que habían envejecido, o de ver a mi hermano y encontrarlo irreconocible. “¿Qué significan los signos visibles ante el espejo?” pregunta Patarrueda y llama la atención sobre los estudios de la institucionalización de la higiene, el asco y el escrúpulo como asuntos sociales para pensar el asunto del otro, del desviado, anormal. En las conclusiones de su libro *La voz*

*del proscrito*, Platarrueda concluye algo similar a Eula Biss, dice que la vida es, por principio, contaminante; la enfermedad es la expresión de lo vital en nosotros. La idea de la inmunidad es una ficción imposible.

*“Por ser una marca que proviene del Otro, el contagio confirma la vulnerabilidad del cuerpo pero también descubre su poder de vulnerar, su capacidad de transformar al otro, de exterminarlo o por lo menos de marcarlo. El contagiado se vuelve contagioso; la enfermedad, a la vez, enferma.”*

*Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo, Excesos del cuerpo, 2009.*

Cuando respiramos y nos concentramos en el olor de las cosas, estamos dejando entrar en nosotros pequeños pedazos de eso otro que sentimos y conocemos. Nuestras relaciones son enteramente de contagio. Nos contagiamos con su luz, con las moléculas que se desprenden de sus cuerpos para entrar por nuestra nariz, con el quiebre del aire que nos separa con ondas provenientes de golpes de la garganta, de modulaciones en lengua, dientes y labios. Nos contagia la ficción y de ese contagio nos alimentamos, hacemos comunión.

La idea de exclusión asociada a la Lepra suele ser la muerte social. Un fenómeno que no difiere mucho de la exclusión de las personas con enfermedades mentales, el enfermo de sida o de epilepsia. Más que un miedo al deterioro progresivo visible, es el miedo a los memento mori, la realización de la fragilidad de la idea que tenemos de la vida, del control, de las imágenes que tenemos de nosotros mismos. Miedo a ser dejados atrás de la manada a espera de la muerte.

4.

Era 1994 y tenía 6 años, vivía en el edificio Gaby en Chapinero alto. Recuerdo que teníamos velas en todas partes para los apagones del racionamiento y me gustaba jugar con la esperma derretida, sentirla hirviendo mientras se desparramaba por mi mano. Ahogaba las yemas de mis dedos en aquel líquido y sentía cómo se iba endureciendo mientras se enfriaba y repetía el procedimiento hasta tener unos dedales gruesos de distintos colores.

José y María jugando con velas que se van derritiendo sobre sus dedos reptilianos insensibles al calor. Escamas que caen, rostro de liebre. Es más probable que muera en un accidente de bicicleta, aun así, me lavé las manos al finalizar la visita al Sanatorio.

Hace un año, sentado en una fuente de soda de Agua de Dios, veía cómo un señor se rascaba los antebrazos. Ahora me rasca la cabeza. En la casa noté que tenía unas heridas en la piel, justo debajo y detrás de las orejas, en parte de la barba y el cuero cabelludo. Al rascarme, por un instante quedaban suspendidas en el aire escamas blancas minúsculas y luego caían a mi ropa y a la mesa del comedor donde estaba trabajando. El teclado del computador pronto estaba lleno de una capa de nieve. Es posible que me pierda en el delirio.

5.

Volví a Agua de Dios con mi madre y Hernán, hijo de Margarita. Pasamos de nuevo por el puente de los suspiros. Nos bajamos del auto. Lejos se oía el canto de un gallo y a medida que avanzámos nos fue llegando el barullo de una multitud de cigarras, una granizada caótica con el

acompañamiento de fondo del río Bogotá. Qué animalitos tan macabros. Pensé en el suspiro de quienes atravesaron el puente para no volver. El suspiro como una encrucijada de caminos que se conjuga en los pulmones y se resuelve cuando el aire atrapado sale con un leve gemido. Una suerte de quiebre en la continuidad del tiempo y espacio, el presente dislocado del lugar en el cual me encuentro, adelante otro yo que ha decidido atravesar el puente con su hermano, sin miedo a contagiarme de su locura. Hay amores frágiles, que solo denotan su naturaleza cuando son sometidos al pánico de una epidemia.

Había empezado a investigar sobre Luis A. Calvo y encontré una canción cuya letra habla del adiós de un hijo y su madre. No pude imaginar a Julia despidiéndose de sus hijos, en cambio pensé en Margarita y Hernán, un adiós que se dieron sin saber cuando ella se fue para Canadá a vivir con su hija menor, la nena, y sus nietos. Margarita murió en Canadá. Ni Hernán ni Miguel Ángel, sus dos hijos, pudieron asistir a su velorio, pues el gobierno canadiense les negó la visa.

Luis A. Calvo llegó a Agua de Dios en 1916, luego de que las autoridades de Bogotá le exigieran abandonar la ciudad para dirigirse al Leprosorio. Su música tiene un aire melancólico, incluso antes de que le fuera diagnosticada la enfermedad. En algunas notas se habla de la influencia que tuvo en su música aquel exilio lleno de añoranza y dolor, pero en sus apuntes autobiográficos comenta que nunca dejó de componer, de hecho, la mayor parte de sus obras las compuso en Agua de Dios. Con el tiempo se unió a la enseñanza de música impulsada por los salesianos, en particular al padre Variara, y llegó a ser el director de la orquesta filarmónica del Lazareto. Ahí también conoció al presbítero Luis C. Ardila, que también fue profesor de música, autor de la letra del Intermezzo #1 de Calvo, quien luego la adaptaría para ser interpretada por

varios cantantes y agrupaciones como Víctor Hugo Ayala, el español José Moriche, Ramón Carrasquilla y Camilo García del dueto de antaño. La letra dice así:

*Adiós, mi dulce madre, amada madre mía.*

*La suerte abre un abismo entre nosotros dos, madre mía.*

*Adiós edén bendito de perfumadas flores,*

*marchitas esperanzas, fantástica ilusión.*

*No llores, madre mía, amor de mis amores,*

*donde quiera que tú vayas irá mi corazón.*

*Enfermo está mi cuerpo*

*y mi alma en su agonía te da el último beso*

*y el postrimer adiós, madre mía.*

Es la despedida de la madre. Muchas personas creen que Luis A. Calvo la escribió para su madre ante su inminente despedida, pero la verdad es que Luis C. Ardila le regaló la letra tiempo después de que el maestro llegara al Lazareto acompañado por su madre, Marcelina Calvo, quien se exiliaría finalmente con su hijo. El amor entre madre e hijo fue más fuerte que el miedo al contagio.

Fueron muchas las madres que se despidieron de sus hijos en aquel puente. Julia no se despidió de María Antonia, José Ignacio y Margarita María. Tampoco los fue a visitar. Rubén iba dos veces al año a llevarles ropa y regalos. Cuando José Álvaro tuvo edad, lo llevaba con él. Mi abuelo recuerda haber visitado a Margarita en Agua de Dios. Pensaba que el amor de mi familia era lo bastante fuerte para enfrentar el miedo al contagio, al estigma.

Antes de 1932, las personas enfermas eran acogidas con sus familias que querían acompañarlas o que no tenían otra opción por ser tratados bajo el mismo estigma de la enfermedad. La explicación de la enfermedad siempre se debatía entre el contagio y la herencia, por lo que las familias de los enfermos de lepra también eran sometidas al escrúpulo y el ostracismo. El amor de mi familia no fue más fuerte que las medidas profilácticas de aislamiento. No organizaron un escape, no fueron a vivir con ellos, no se percataron de aquello que se había roto para nosotros al dejarlos atrás.

No debería juzgar a mi abuelo, tampoco a sus padres. No se puede castigar el dolor. Julia y Rubén están exonerados de culpa, pero qué relato nos hubieran dejado si hubiesen luchado por ellos. Una pregunta fútil y quizá yo no existiría si lo hubiesen hecho, quizá nadie se estaría haciendo estas preguntas y este texto no habría sido escrito jamás por nadie. Si el cambio tiene un momento, si la entropía se puede amasar en una sola expresión humana, sería el suspiro. El puente sería la segunda. En el puente se tejen las metáforas del ritual de paso, la pérdida de la ciudadanía, el tránsito a otro mundo; prisión o refugio, con la despedida, la separación de los cuerpos, la lepra ocurre ahí como ficción. Se pierde una parte.

El misterio de la familia puede ser narrado como un abandono o como un rapto. Condenar o fantasear con un discurso reivindicativo. Un pasado oscuro tiende a llenarse de ficciones, así como las enfermedades de origen desconocido y tratamiento ineficaz tienden a hundirse en significados. En francés se dice que una fachada decrepita está *lépreuse*. Fuimos al cementerio con Hernán y mi madre. Al llegar a la cripta central, donde se encontraba el maestro Luis A. Calvo, las grietas en su estructura, la humedad comiéndose las paredes, parecía que el edificio,

en efecto, tuviera lepra. Nada hay más punitivo que dar un significado a una enfermedad, especialmente uno moralista. La lepra como metáfora de la pérdida de la belleza. La lepra como adjetivo. La lepra en esta historia es una excusa, una enfermedad. Enfermar hace parte de vivir, como la muerte.

La historia es sobre el miedo a lo que se encuentra en la oscuridad. Junto al fuego escuchamos los sonidos e imaginamos los horrores que nos pueden aguardar, los compartimos con otros en forma de relatos. Nos resguardamos en el manto del miedo para escapar de los predadores. Presos de monstruos imaginados, hemos olvidado caminar en la noche. La separamos del día, antagonizamos la vida con la enfermedad y la muerte. Estas divisiones nos brindan tranquilidad, pero ocultan lo indivisible de todo y dan cuenta de una percepción rota. Esa es la narrativa de la familia, la ruptura en el lenguaje, la muerte y el miedo al contagio que promete si es invocada, miedo a descubrirse vulnerable, a ser el *otro*, a la democión, la pérdida del status de ciudadano, persona de bien, ciudadano. Se le teme a la lepra porque es una enfermedad que confiere otra identidad que ante los ojos de la sociedad es deshumanizante.

Tras el relato de mi abuelo, mi madre y Hernán quieren organizar una misa para José Ignacio y María Antonia. Es su forma de encarar esa muerte sin rostro. Yo escribo.

Margarita María llegó al internado de Agua de Dios dirigido por las hermanas de la Presentación a los cinco años. A los quince salió de Agua de Dios hacia Bogotá, después de casarse con José Jiménez. Es posible que Margarita no haya tenido lepra. Pero José sí tenía la enfermedad de Hansen. Salieron porque en 1929 la Dirección General de Lazareto reglamentó que aquellos enfermos que no fueran considerados peligrosos podían ser autorizados para vivir por fuera de

los lazaretos. Dicha decisión fue reiterada por el gobierno en 1947. En Bogotá vivieron de remodelar casas y venderlas. Tras un mal negocio, perdieron la mayor parte de sus recursos. José tuvo una recaída y juntos regresaron a Agua de Dios, con Hernán, Miguel Ángel y Helena, sus tres hijos. Al poco tiempo, José murió. Mi abuelo acompañó a Margarita en el velorio.

Margarita logró sostener a sus hijos con un trabajo con el médico Eduardo García Rueda, quien más adelante le ayudó a tramitar un subsidio para enfermos de lepra que empezó a reclamar bajo el nombre de María Torres. En Agua de Dios le llamaban al subsidio la guayabita, pues alcanzaba si acaso para comprar una caja guayaba. Hernán se quedó con Margarita, y Miguel Ángel y Helena son internados por fuera de Agua de Dios. Hernán estudió su primaria en una casa de Agua de Dios junto a los hijos de la familia Mendoza. Tan pronto como aprendió a leer, escribir, sumar y restar le empezó a ayudar a su madre en el trabajo.

El doctor Rueda se fue para Barrancabermeja donde compró una emisora e invitó a Margarita a ser su secretaria. Ella se mudó con su familia por un tiempo. Cuando sus manos no le permitieron seguir trabajando, el médico le ayudó a tramitar una pensión de incapacidad laboral. Con la pensión y la ayuda de mi abuelo, Margarita logró conseguir una casita subsidiada por el gobierno en Girardot. Allá montó una tienda. Nunca contó acerca de su tiempo en Agua de Dios.

La historia que contó mi abuelo fue de cómo él y su padre visitaban a Margarita una vez al año. Le llevaban ropa y regalos. Es la misma historia en que María Antonia y José Ignacio aparecen como una nota al pie, de ellos solo se sabe que fallecieron allá.

Las imágenes que hacen falta, aquellas que no se han conservado en los álbumes de la familia ni en la memoria de los viejos. Imágenes que no existen a causa de obstáculos insalvables. Las fotografías y relatos que nos quedan son producto de una interdicción construida como torres de naipes. Mientras los pilares sobre los cuales se construyó el relato de nuestra familia son roídos poco a poco, crece el miedo a que todo se revele como un gran engaño. El miedo a que los relatos que nos cruzan sean mentiras y que ese engaño impregne nuestra mente y revele nuestra percepción propia como fraudulenta. Ser el *otro* en el relato. Las imágenes faltantes en el relato familiar deberían estar más arriba, en un *atlas mnemosyne* sobre la lepra en Colombia, pero al buscarlas he encontrado más preguntas cuya respuesta puede reposar en anaqueles repletos de archivos o tal vez se encuentre irremediablemente perdida.

## Ritmos primordiales

1.

El apartamento de mi hermana tiene dos entradas

Una da a un pasillo en el primer piso

A la izquierda las habitaciones de Santiago y Alejandro

A la derecha una sala de televisión y un estudio,

y más allá, al fondo, la alcoba principal.

La otra entrada da a una sala

el cuarto de juegos y la biblioteca

a mano derecha, unas escaleras bajan

y hay un pasillo que lleva a la terraza.

Su terraza es más grande que el lugar donde vivo.

A la izquierda, está la entrada al comedor

una cocina americana grande con un comedor auxiliar

al fondo, la entrada al cuarto de ropas y como un apéndice, el cuarto de la empleada de

servicio. El cuarto de la interna es del mismo tamaño que mi cuarto.

Me gusta la vista desde la terraza,

el sol cayendo sobre la Sabana,

los diferentes tonos naranja y rojos golpeando lo gris,

incluso la polución, ese tono ferroso le da peso a la imagen, se asienta como sedimento  
atrapado en el fondo.

En diciembre, los hermanos nos reunimos con nuestra hermana y nuestro padre, esto pasa una o dos semanas antes de navidad. Es nuestra propia navidad antes de navidad, un almuerzo o una comida donde asisten las respectivas familias.

Yo no tengo hijos, tampoco hijas.

Más que reunión es una entrevista a la que te presentas sabiendo de antemano que jamás te van a dar el puesto. Una entrevista sin plaza. Es mas un estrado donde no conoces la lista de acusaciones, solo sabes que son varias, y la primera y más ofensiva es haber nacido, la herencia de nuestro padre. Por lo demás, siempre hay algún detalle fuera de tono que logra detectar mi hermana. Mis hermanos pueden hacer bromas sobre los demás para sentirse menos miserables, pero ellos también sufren la misma dictadura. A ellos tampoco les darán el trabajo.

En menos de un segundo su mirada reconoce los cambios que el tiempo imprime en nuestros cuerpos. En ese mismo tiempo hace un recuento de dónde había quedado el año pasado.

Su veredicto es certero  
no tiene que decir nada,  
con solo su mirada basta.

Mi padre es como mi hermana

Aunque él también se encuentra bajo su escrutinio, con él no hay siquiera un asomo de juicio. La sentencia ya está proferida. No hay nada que lo sorprenda en nosotros. Me pregunto cómo se sentirá el orgullo del padre. ¿Acaso será cálido? ¿Abrigará en la noche? O acaso será una piel pesada sobre tus hombros, incómoda, que has de cargar a todas partes.

Antes me creía capaz de conseguir todo aquello que mis compañeros de universidad querían. Lo que mi padre quería para mí. Para lograrlo, eran metódicos: tenían un plan acorde a sus capacidades, debían reunir requisitos, recomendaciones, aplicar. A mí, las piezas nunca me cazaron para hacer un plan. Solía decirme que no quería lo mismo, que no saber lo que se quería era una disposición más honesta frente a una paradoja de libertad; la ilusión de muchos caminos, pero pocas credenciales y capacidades para terminarlos. Muchos quedan atrapados en el camino que eligieron. También pensaba que existía virtud en renunciar a lo que me tocó, pues no había mérito en sacar provecho de una trituradora que ponía a unos sobre otros. La verdad es que tenía miedo. El miedo y la rabia son los caminos más rápidos a la locura. Creía estar renunciando, que, de querer, podría reclamar mi privilegio. Ahora no estoy seguro.

Algunos años nos hemos reunido en la finca de nuestra hermana

La reunión empieza en la casa de invitados, se sirven tragos, cualquiera, el que quieras, no escatiman en gastos. Pero hay que tener cuidado en la elección, no pasará desapercibida. Avanzada la tarde, se traslada al comedor de la casa principal para almorzar.

Yo juego fútbol con mis sobrinos, mis hermanos se juntan de a ratos, pero luego vuelven a la casa de invitados con sus respectivas esposas. A más de una novia he dejado a la merced de mi

hermana. Si sobreviven sé que la vaina va en serio. Siento que han entendido algo de mí. No se muy bien qué.

Por más que me guste el trago que ofrece el esposo de mi hermana, no soporto estar ahí.

Duele.

Todos tienen algo que reprocharme

Este diciembre me quiero sentar con mi hermana, su esposo y mis hermanos. Tomar whisky bueno, del caro, un escocés single malt, entre más viejo mejor, dejar que el lujo se derrame en mí, que su calor me arrulle.

Que no duela estar ahí.

Para eso he decidido hacer una lista de cosas que me podrían reprochar, leerla una y otra vez en voz alta hasta que el sonido se asiente en mi memoria muscular, que fluya con el trago y se diluya dentro. Que no duela ni amarre nudos en la garganta. Que no revele en mi mirada ninguna tristeza.

1. No eres padre, no tienes hijos, no tienes hijas. No eres padre de nadie ni de nada.
2. No tienes a quien nombrar.
3. No tienes a nadie para darle un mundo, para demarcar sus límites, para cuidar y dañar.
4. No tienes a nadie que luego te cuide y entierre tus huesos.
5. Nadie va a quedar para extrañarte.
6. No tienes casa.

7. No tienes carro.
8. No tienes un lugar en el que al llegar puedas llamar tuyo.
9. No tienes nada.
10. No hay un espacio para ti, que al entrar, puedas saludar y sepas que alguien te podría escuchar. Donde sepas que tu voz no quedará atrapada en el eco de las paredes, que podría haber una voz que conteste.
11. No tienes a alguien para compartir el peso de vivir.
12. No puedes compartir tu alegría y por eso toda felicidad será incompleta.
13. No tienes un trabajo estable que pague las cuentas, que te dé la vida que pensaron tus padres para ti cuando decidieron pagarte la universidad más cara del país.
14. ¿Cuándo vas a sentar cabeza? Nunca. Es que si te la pudieras quitar la perderías por ahí, andarías con un cuerpo huérfano de cabeza.
15. No piensas las cosas antes de hacerlas.
16. No seas burro.
17. Tienes que hacer cuentas, llevarlas en Excel, ajustar gastos, pagar a tiempo.
18. Es que no has tenido que trabajar de verdad. A nadie le tiene por qué gustar su trabajo. Eso de ganar por lo que se quiere es un invento de tu generación. El trabajo es trabajo y si lo que se quiere se vuelve trabajo se deja de querer.
19. Para qué estudiaste derecho si no eres abogado. Si no ibas a ejercer cuál era la necesidad de estudiar en la universidad más costosa. El Externado, el Rosario o la Javeriana son tan buenas universidades como los Andes. No se justifica todo el esfuerzo, la inversión.
20. Supongo que era mejor que esa plata se fuera a tu matrícula y no a las novias de nuestro padre.

21. Qué es lo que hace un abogado estudiando... ¿Qué es lo que estudias?
22. Por qué no hablas con Fernando, él tiene un amigo... ¿en qué área del derecho podrías trabajar?
23. Estás como flaco, ¿no estás comiendo? ¿Si estás comiendo bien?
24. Pero si tú ni sabes cocinar.
25. No llegas temprano ni a tu funeral. No sabes lo que es madrugar, seguir derecho y empatar la fiesta no es madrugar.
26. Mira que tu prima se fue a hacer una maestría en Vanderbilt.
27. Mira que tu primo regresa de hacer un doctorado en literatura.
28. No debiste haber estudiado esa maestría, hay que ser muy bueno para ganarte la vida haciendo eso.
29. Jugabas tan lindo tenis cuando eras chiquito.
30. Eras una promesa.
31. No sé por qué dejaste de jugar.

A veces quisiera ascender, tomar las escaleras, pero tengo miedo a que, aun así, mi mejor esfuerzo no sea suficiente. Cuando era chico jugaba tenis, al principio lo disfrutaba, pero luego lo detesté, la competencia me convirtió en el residuo de un potencial no realizado; decían que era culpa de mi cabeza. No tenía mentalidad. Entendía cómo ejercitar mi cuerpo, la disciplina de la preparación física, el ritmo, las coreografías, las jugadas, pero no comprendía cómo cambiar mi mente.

## 2.

En toda fiesta hay una tristeza que sorprende en medio de la euforia, que lleva a apartarse del abrazo de la gente, de sus cuerpos, risas y caricias. Una tristeza es lo que siempre queda frente a un espejo gastado, ahí, despojada de todo manto, con el bajo retumbando a lo lejos como un segundero. Dentro, un silencio interior se revela y vuelve extraño el reflejo. ¿Quién es? ¿De quién es esta voz que se desprende de la luz roja?

En aquel interior surge un deseo de contarse como una promesa rota. La tristeza atrae como el vacío, la marea, llama a un campo fértil, negro, con todas las energías necesarias para la creación o si acaso, para llorar un poco y volver a la fiesta.

Puede ser una trampa en la que termine ahogado, un juego de espejos y perspectivas con un exterior que invade el vacío y moldea la materia que supera mi capacidad de representar. Todo intento de escribir se vuelve una traducción de lo simple mediante un sistema de símbolos que enfrenta a la nostalgia de lo infinito e inagotable. A través de las letras busco una brújula, una reconstrucción de lo simple. Mi brújula está imantada a un polo glacial, desconocido y desolado. El lenguaje puede crear algo simple, construir una línea que intente vadear lo infinito, abordar el misterio de lo inefable, y oscurecer un poco la luz encandelillante de la experiencia estética que nos muestra el límite de nuestra mirada, lo mortal de nuestra experiencia.

La melancolía es algo que conocemos internamente como una ausencia de algo que no sabíamos perdido. El remedio podría ser volver a lo simple, a aquello que se nos presenta como un solo movimiento.

### 3.

Una añoranza de una luz fugaz que se coló entre los resquicios de mi cuarto oscuro y luego la olvidé. De aquella luz mana un ángel caído, preso de vientos arremolinados, que mira hacia atrás sin poder regresar o cambiar lo que viene delante de su vuelo. Un ángel condenado a atestiguar el desastre. El ver el paso del tiempo hacia atrás genera una reverberación profética del final de algo.

Debo revisar el magnetismo de mi brújula, someterla a experimentos galvánicos en el líquido amniótico que me sustenta y así asistir al encuentro con ese algo ausente que deseo con fervor. Los deseos abisales nos separan de la comprensión de la magnitud del tiempo y el espacio, es fácil perderse en ellos. No se trata de evitar perderse. Perderse adrede es una habilidad fundamental para la exploración de lo desconocido. Hay muchas formas de hacerlo; en todo caso hay que evitar caminos sin salida o equipaje que ancla, es vital no perder el paso, seguir caminando. El tiempo pasa más lento en los objetos en movimiento. Para seguir caminando es necesario contar con un compás que ayude a abrir trocha.

Salgo del baño, bajo unas escaleras de metal, reparo en su sonido perdido en la música, no lo oigo, pero imagino su *cla cla cla*, paro un momento y luego retomo mi andar reponiendo el tiempo perdido, *cla-cla*. Camino entre las luces blancas y me interno en un pasillo para salir

del bar. Prendo un cigarrillo y miro hacia arriba, donde están las estrellas, ahí reposan las historias que contamos una y otra vez tratando de agotar la infinitud, como reafirmando nuestro corto paso de conciencia totalmente inadvertido para ellas. Ellas, ignorantes de nuestro sufrir, atendiendo a la catástrofe de la creación, a la furia del tiempo. Es un asombro aterrador. Como antídoto y primer compás que me lleve a través del vacío existencial, escucho en mi mente “Abrázame fuerte” de Juan Gabriel, y su abrazo me lleva a otro lugar donde el tiempo parece suspenderse o al menos transcurrir más lento. La magia funciona, pero no hay abrazo que no se rompa. Aquella iluminación eterna para el tiempo humano esconde tantos secretos como la oscuridad de un agujero negro. Nada agota el secreto en esa negrura, la poesía lo aborda y le hace preguntas, pero el secreto responde en una lengua sin nombre. El milagro y tragedia de la mente es que logra formularse preguntas que escapan a su propio tiempo.

Cuando niño, la mayor parte del día, el tiempo no parecía transcurrir. Era un río estancado que al jugar se desbordaba y se secaba sin dejar rastro alguno. El tiempo eludía su comprensión, notas musicales prolongadas y de súbito, pum, se agotaba justo cuando empezaba la diversión. Los segundos oscilaban entre la compresión y descompresión. Esta propiedad se manifestaba sobre todo en los viajes a la casa de mis abuelos en Villavicencio. El tiempo se distorsionaba en las curvas, en las montañas, cañones y ríos que a veces lo anegaban. Se comprimía al llegar. Era angosto al jugar con mis primas y primos, con Leonardo, el vecino de la Rochela. Cuando mi cuerpo caía en cuenta del clima, de lo caliente de esa tierra, ya estábamos alistando maletas para volver. Por esos años, todo en el camino a Villavicencio me resultaba parecido. El tiempo no pasaba. En ese entonces la distancia entre Chapinero y la Rochela era tan inasible como la distancia entre la Tierra y la Luna. Dormía y estaba en la carretera, despertaba y aún seguíamos en la carretera. Muchos de estos viajes los compartía con mis

primos, horas y horas en la parte de atrás de un Land Rover al que le vibraba cada tornillo, que por el sonido del motor y sus latas parecía amenazar constantemente con desbaratarse. Cuando estábamos despiertos cantábamos Guillermo Tell, luego Guillermo Tell con solo la a, la e, la i, la o y la u. Gullurmu Tull aputupulu.

Un día vimos una lluvia de estrellas fugaces en la Rochela, sobre la terraza de los abuelos. El cielo estaba tan cerca que parecía que iba caer sobre nosotros, en ese momento, esas luces estaban más cerca que Bogotá.

#### 4.

Recuerdo que aprendí a leer y escribir a finales de 1993. Cuando aprendí a leer mis primeras frases, me regalaron un maletín para guardar mi raqueta de tenis, la cual parecía más grande que yo. La arrastraba por toda la cancha tratando de pegarle a la pelota. Tengo algunas imágenes que se mezclan y como piezas de lego las voy construyendo en recuerdos arbitrarios. Estoy en un Renault 9 blanco, conduce mi padre, a su lado está mamá, y atrás, junto a mí, mi hermano Camilo. Luego voy caminando de blanco, reparo en una mancha de polvo de ladrillo a la altura de mi cadera que pasa por mi pantaloneta y camisa de cuello. Mi rodilla izquierda también está manchada de aquel polvo naranja y en el centro está roja, un hilo de sangre cae por la pantorrilla, estoy en la cancha de tenis número 9. Rafael, mi profesor, me dice que vaya a enfermería a pedir que me hagan una curación. Paso primero por la cafetería y pido un tutti frutti de mora y un pastel de arracacha, el Mono me dice que mi padre está jugando en el coliseo. Desde que se separó de mi madre lo veo poco, así que lo busco ansioso. Con la ansiedad de Christian Bale en el Imperio del sol, y pongo la misma cara que puso el niño de

esa película cuando se da cuenta de que ha perdido a su familia. Busco a mi padre, pero no recuerdo haberlo encontrado.

Aprendí a pegarle a la pelota antes de aprender a leer y escribir. Todos los días llegaba del colegio y saltaba el muro trasero del parqueadero de Gaby, mi edificio, entraba al club corriendo a la clase de Rafael; corría a lado y lado de la cancha tratando de golpear la pelota, como si en cada repetición estuviera buscando encontrar algo que había perdido, pero no sabía que era. Dicen que el primer ritmo es el corazón de nuestra madre, pero el primer ritmo que recuerdo es el silencio de la bola lanzada al aire en el saque, el sonido de la pelota chocando contra la raqueta, luego pegando contra en el polvo de ladrillo al otro lado de la cancha para ser recibida por otro golpe, la repetición arrulladora, largas secuencias con iteraciones más rápidas, lentas y el silencio abrupto tras el sonido de la red y los rebotes consecutivos de la bola hasta que quedaba presa de la gravedad. El ritmo que reconozco como propio son esos golpes y el eco que producían en aquel coliseo donde me dijeron que estaba mi padre.

Partiendo de la premisa de que es menester perderse para encontrarse, ahora debo abandonar ese ritmo.

## 5.

El movimiento acompasado necesita un orden y un guía «Ehhhhhhhhh...» para pasar el ganado por el río, va acompañada del *tracacacaca raaaannnnnnnn* de los motores que acompañan el paso para asistir los rescates de animales que se han cansado de nadar. Una amiga de Sincelejo me dijo que en la costa hay a quienes los llama el ritmo del tambor y a otros el lamento de la gaita. Es un llamado que se reconoce como palpito, imán para los

infinitos hombres y mujeres de conciencia libre que, desde las ciudades hasta lo más oculto de los montes y ciénagas, en barrios, rancherías y rochelas, acuden al encuentro de las caderas y la música.

Mi cuerpo responde al lamento de gaita. En mi mente trato de seguir el timbal, pero el cuerpo no responde a la velocidad de un tiempo mental desbocado. El cuerpo se comporta como una burocracia paquidérmica y anquilosada que contiene el avance del movimiento. Hay un deseo en la mente represado en el cuerpo. El lamento de la gaita funciona en otro lugar, no requiero del cuerpo como conductor. Al escuchar el tambor le digo a mi cadera que se mueva y vibre con mi trasero para moverlo en el compás, que se suelte como ha de soltarse. La mente siempre anda anticipando el movimiento, pero es engañada por el paso en falso. Es tal la dictadura cotidiana de la mente sobre el cuerpo. Si el cuerpo mandara no habría retraso ni deseo represado. Pero cuándo se ha visto que la mente se pregunte por el deseo del cuerpo. Quiero que mi cuerpo consuma esa sabrosura llena de traspasos, de desplazamientos y monturas entre cuerpos, que aprenda a hablar un lenguaje pélvico, quiero ese sabor que solo se logra cuando el cuerpo desaloja al lenguaje de sus orificios y hay una pérdida de las certezas nominativas, que los pies se dejen llevar, que me posea el tumbao, oír, pero no comprender del todo, hablar sin saber.

6.

Quisiera cambiar a voluntad. Cambiar es una forma de morir, de liberarse de la forma que moldea el cuerpo, de los lazos que atan al alma. Cambiar la forma es extrañarse de la voz propia, encarar el deseo desde una perspectiva distinta, revolver el tiempo y la materia.

Quisiera consumir otras voces para evocar aquello que no se sabe perdido: «Ay lelele lelelele,

lelele lelolai ay». El lamento del lumbalú y la canción de cuna es la voz que me llama en la noche. Cuando llegaba del colegio o de las clases de tenis me sentaba en la cama de Marta para verla trabajar en su máquina de fileteadora *tacatacatatacata* mientras veía sus novelas en una televisión pequeña color rojo que daba una imagen en blanco y negro y a veces se perdía entre líneas diagonales. Cuando se iba la imagen yo movía la antena hasta que Marta me decía que parara. En la noche llegaba mi mamá de trabajar, a veces alcanzábamos a comer juntos, pero siempre se aseguraba de que me hubiera lavado los dientes y me acompañaba a la cama, rezábamos la oración al ángel de la guarda junto a la cama y me leía antes de dormir, a veces un libro ilustrado de La Odisea, otras un libro de biografías en la que estaba la historia de Robert Falcon. Más que leer, siempre me ha gustado más que otros lean para mí. Recuerdo el viaje al polo sur de Ulises y su tristeza al llegar y ver que otro, antes que él, había encontrado el amor de Penélope. Ambos se fueron con Telémaco dejando atrás una bandera izada de recuerdo. Luego de la lectura me cantaba.

«Dulce ya la tarde cae

Concluida mi labor

Me despido Jesús mío

Santas noches, buen pastor».

También me cantaba un tango, pero lo hacía en un tempo más alargado, como en un llanto. Se llamaba *El niño de las monjas*, pero yo lo conocía como la canción del niño torero. Era muy triste, pero a esa edad ya sentía que había mucha tristeza en el mundo: en las lágrimas de mi madre junto al teléfono, en las lágrimas de mi madre mientras mi padre histérico le gritaba en el parqueadero del club en el que entrenaba tenis por irme a recoger, en la tristeza de Marta por no estar con su hija, en no encontrar a mi padre en el coliseo, en no saltar sobre las camas

junto a mi hermano Camilo, en que Katy me jalara el pelo, en que Laura, mi amiga de Transición, se casara con Federico y yo fuera el cura junto a Daniel Felipe. Siempre le pedía a mi mamá que me cantara la canción del niño torero, había algo en su orfandad y su deseo de ser torero y proteger a las monjas que resonaba en mí.

«Eran las madres las monjas  
del niño aquel que sin padres se crió,  
con ellas en el convento  
su infancia feliz pasó.  
Era un hermoso el chiquillo  
que de valor daba prueba sin par  
por eso constantemente al  
chiquitín se oye cantar.  
Yo quiero ser torero, torero quiero ser...  
torero como Granero, y  
Valerito dicen que fue  
Quiero ganar dinero para traer aquí  
un manto para esa Virgen...  
que tanto vela por mí...»

En el parqueadero del edificio, en la pared que daba al club, había una estatua de la Virgen de Fátima. Estaba sucia, así que un día la limpiamos con mi mamá, los dos encaramados sobre la pared limpiando su carita de estatua, toda bonita, toda sucia. Moje toda mi ropa y las únicas zapatillas para entrenar. Al final del día le pedí a la virgen que me ayudara a secar las zapatillas para que pudiera jugar a la mañana siguiente. No las secó. En cambio, al otro día

había unas zapatillas nuevas en la sala. Yo no quería ser torero, quería ser bombero o tenista, pero no quería que mi madre trabajara tanto.

«Era una tarde de feriaaa  
tarde feria de toros de sol,  
el niño cayó en la arena  
el toro lo corneooooó  
Era su hería de muerteee  
por eso no lo pudieron salvar  
y estando ya en la agonía  
con emoción se le oyó clamar.  
Ya no seréee  
torero... torero no seréee  
que muero como Granero,  
el Valerito y el Gran Joséeee.  
Pobre monjitas buenas  
Que llorareis por miii  
Rezad por el pobre niñooooo  
que recogisteis aquíiii».

Mientras me cantaba mi mamá me rascaba la cabeza con la yema de sus dedos, hacía círculos y líneas al compás de la música, como runas irregulares que invocaban el sueño. Quedaba profundo hasta el otro día. Con los primeros rayos del sol, la volvía a ver con el pelo alborotado y sin gafas, despertándome para ir al colegio.

La tristeza en la voz de mi madre al cantar estaba presente en la voz de mi abuela. Cuando estábamos en Navidad cantábamos villancicos. La abuela y el tío Rubén eran las voces principales. La de la abuela era una voz suave como sus cristales, pero resonaba fuerte, desde su abdomen grueso. Al cantar movía las manos de forma delicada a la altura de sus caderas anchas, volteaba lentamente sus muñecas una y otra vez. La voz del tío era un bajo, gruesa y carrasposa, pero atrapaba la voz de la abuela que amenazaba con subir más allá del techo de la casa y escapar. Luego de los villancicos y la novena, después de la comida, compartían una copa de vino, unos vasos de whisky, la abuela cantaba Casas viejas. Su voz en ese momento era aún más hermosa y no sabía si llorar o saltar de la dicha cuando la escuchaba. Había tanta nostalgia por una vida que se había dejado atrás, una emoción que no cabía en mi cuerpo, pero el lamento resonaba en mí, ante su voz no había refugio. Era un bolero, pero su ritmo era alargado, más lento, como un llanto.

Quién vivióooo, quién vivióooo  
en esas casas de ayer  
casas viejas que el tiempo bronceó  
patios viejos olor de humedad  
con leyendas de noches de amor

(...)

Se vannnn, se vannnn  
las casas viejas queridas

de majestad, han terminado sus vidas

Llego el motor y en su roncar

ordena y hay que salir

El tiempo cruel, con su buril

carcome y hay que partir.

7.

El 24 de diciembre de 1994 nació Martín, mi hermano de mamá. Martín de Jesús, así quedó registrado su nombre. Su padre, Néstor, dijo que era un nombre de albañil, mi madre le respondió que Jesús había sido obrero: carpintero y pescador. — *Albañil no es ningún insulto sino un halago.* A medida que crecí, mi mamá, mi hermano y yo nos mudamos varias veces. Fuimos acumulando varias casas viejas. Sin embargo, mi melancolía no estaba tan atada al lugar como a la ausencia de amigos de barrio. Había mucho temor por las bombas de Pablo Escobar, la gente se asustaba con cualquier estruendo de exosto, no había niños en las calles de mis barrios. Viví en Chapinero, Quinta paredes, San José de Bavaria, Niza 8, El Country, y luego seguí la trashumancia sin mi madre y mi hermano hacia la Candelaria, Samper, La Soledad y San Felipe. Mi barrio de chiquito era La Rochela en Villavicencio, al menos en vacaciones. Por esos años, a los abuelos los amenazaron y tuvieron que regresar a Bogotá después de venderlo todo a las carreras. Decían que había sido culpa de la guerrilla. Luego me enteré que fue a causa de una extorsión del novio de una amante del abuelo, que decía ser parte de las Farc. El caso fue que no volví a la Rochela sino años después, cuando ya la había absorbido por completo la ciudad, cuando no quedaba nada del barrio que había conocido. La añoranza de barrio me pega cuando escucho los Petit Fellas, Alcolirykoz, Ghetto Cumbre,

Crudo, Rap Bang Club, N. Hardem y Arkeólogo. Hablan de una ciudad, un ritmo y una voz que no viví pero que quiero reclamar y lo hago en las intersecciones de ambas experiencias, en el sentirse acorralado, sin salida, listo para darlo todo.

8.

Cómo lidiar con el absurdo y el sin sentido del universo sin caer en un nihilismo vacío. No puedo pretender que nada importa, tengo miedo. Las dos cosas se excluyen mutuamente. Blaise Pascal decía que con mucho tiempo para pensar los seres humanos inevitablemente se darán cuenta de su propia insignificancia y se pondrán tristes. Nuestra vida es un estado de conciencia transitorio sin ningún propósito definido. El mecanismo de defensa de la mente humana es distraerse fácilmente. Cuando estamos distraídos dejamos de pensar en la existencia. Así que la primera reacción es rodearse de distracciones para evitar estar consigo mismo. Tener tres trabajos y varios proyectos, hacer de las personas proyectos personales. Es más fácil hacerse cargo de arreglar la vida de otros que mirar la propia.

Mi distracción fue por mucho tiempo la televisión, luego el porno y los videojuegos. Suspendían el dolor y el tedio, pero me alejaban de mí mismo y del mundo. Me dijeron que tratara de trotar todas las mañanas o que empezara a escalar. Creo que tiene que ver con la repetición, la presencia del cuerpo y la mente en cada iteración, en últimas de respirar y estar presente en cada momento. Por estos días he intentado practicar Yoga.

Cuando la diversión se agota se buscan nuevas formas de distracción. También se empieza a forzar el divertimento. Pero lo que viene después de forzar la distracción es la depresión. Me

pregunto si los budistas tienen razón al plantear una existencia por fuera del tiempo mental, que devuelva a la persona a existir en un tiempo cronológico, a través de la conciencia del cuerpo y la renuncia al deseo, de hacer una cosa a la vez y encontrar un movimiento acompasado en armonía con el universo. Un punto a la vez decía mi entrenador de tenis, el partido se gana un punto a la vez, no pensando en el anterior ni en el que viene. Las personas se pierden en el bosque cuando empiezan a preguntarse sobre el camino que no tomaron o reparan demasiado en el que tomarán sin atender en el que se encuentran. Intento mirar al frente, pero todo lo que tengo está atrás. No se puede correr lo suficientemente rápido como para huir. Todo lo cierto sobre mí está atrás. Veo hacia atrás, inerme, el desastre.

Somos las cosas que hacemos, pero nos gusta pensar que somos las personas atrapadas en el tiempo mental, las personas que creemos ser. Hay algo en la repetición, en respirar una y otra vez de forma acompasada y consciente que lleva a abrazar el absurdo. Respirar es apaciguar el deseo. El deseo es la principal fuente del propósito y del sentido que construye nuestra perspectiva. El universo es irracional e insignificante y sin embargo los humanos nos desesperamos tratando de encontrar sentido y significado en él. Si lo tuviera está fuera de nuestro alcance, pues no hay distancia que nos separe de él y nos brinde entendimiento. Lo absurdo es inventar sentido en lo irracional, es desear el sentido. Sísifo es la representación de mis héroes favoritos, aquellos que abrazan lo insignificante de las tareas diarias, la repetición de la respiración hasta la última exhalación, hacerlo una y otra vez sin buscar un sentido o significado redentor, ser feliz no a pesar de la tarea entre manos sino a través de esta. Ese es un camino. Lo veo lejano, pero qué otra cosa queda además del suicidio.

## A veces imagino que soy la promesa cumplida

Me veo a mí mismo saliendo de la cancha de tenis con mi ropa de marca, saludo a un par de amigos, entro a la ducha y un rato al sauna. Luego como algo liviano, lo acompaño con un café americano. *La cuenta por favor.* Firmo. Luego subo al carro, llego al apartamento de Rosales, despierto a Antonia y a Juan, salgo con ellos a la ciclovía, sacamos a Chepe —nuestro border collie—, le enseño a Antonia a montar bicicleta, luego vamos por un brunch a Quinta Camacho y regresamos al apartamento para alistarnos. Mientras los niños discuten quién es el superhéroe más fuerte, recuerdo las palabras de la maestra de yoga, respirar con conciencia plena. Miro la ciudad por la terraza y veo reflejado el sueño. Me repito una y otra vez que fue mérito propio; por esas horas de estudio, por las prácticas de tenis, por quedarme hasta tarde en el trabajo, por aquel ensayo que escribí para la beca, por las horas dedicadas a idiomas extranjeros y el viaje de la maestría. Repetir hasta el cansancio que cada renuncia valió la pena y que lo merezco. Todas las decisiones reflejadas en el paisaje de la terraza.

Luego retomo la compostura, vuelvo a pensar en las obligaciones, en el trabajo de mañana, en los compromisos, en lo práctico y lo cotidiano. *Niños, ¿ya están listos?* Pensar si es mejor ir en el carro o en la camioneta. A Juan le gusta más el carro, siempre pide copiloto, pero Antonia va a reclamar, mejor llevo la camioneta, que maneje Marcela y yo voy de copiloto. *Marcela, ¿dónde dejé las llaves?* La camioneta la sacó por última vez ella. La próxima semana hay que llevarla a revisión tecnomecánica, hay pagar el impuesto de rodamiento. Qué cantidad de impuestos, qué difícil es tener cosas. Luego visitamos la familia, primero la de

Marcela, luego la mía. Hablo con mi madre sobre cómo van los negocios, pero no mucho. Hablo con Marcela si luego vamos a ir a teatro o a cine, ella elige qué película vamos a ver. Dejamos a los niños en la casa con la niñera. Martica ya debe haber llegado de su día libre, ella es querida, ella nos colabora. Las reservaciones listas, las crispetas, todo. *¿Qué es lo que vamos a ver, Marcela?* No importa. Cine, uno que otro comentario, a casa, nos despedimos de los chicos, alistamos su maleta, y a la cama perfectamente tendida, la suavidad del algodón americano, *¿qué haríamos sin Martica, ah, Marcela?* Un beso y las buenas noches. Mañana hay que ver cómo está el mercado, alarma a las 4.30, va a ser un día largo.

## Juego, set, partido jugado

1.

Hoy es viernes y el cuerpo encerrado. Un atardecer más donde el sol cae y se pierde de vista. Su presencia permanece en el reflejo, en el cielo incendiado por naranjas y rojos. Uno más que se suma a millones de atardeceres capturados. Pilas de información acumuladas de imágenes similares. Una infinidad de atardeceres. Basura transitando el aire, los cables sumergidos en el océano, almacenada y transportada de un servidor a otro. Pero cada tarde me vuelvo a preparar para la caza de aquella caída, única ella, siempre la misma. La emoción de capturar y deformar, el día se pierde con la misma intensidad. Bits de información acumulados en el tiempo, muy similares pero irrepetibles en un instante. Tomo esta tarde para mí y recuerdo otra tarde tiempo atrás. Recuerdo estar sentado en la mesa del comedor, hace frío y enfrente está mi hermano. Ese día yo había llegado temprano del Concejo. Él aún en pijama y sin bañarse, ambos cansados. Le di un pocillo de té, yo agarré con fuerza el mío para calentarme. Acerqué la cara para recibir el vapor aromático en mis narices heladas. A su espalda estaba la biblioteca de repisas elevadas que soportaban nuestra colección escueta de libros. Le pregunté si había terminado de leer *Formas de volver a casa*, de Alejandro Zambra. Dijo que sí, que le había encantado la escena del niño perdido en el bus, la primera persona engañosa, los recuerdos imbricados en mentiras que contaban verdades. Me dijo que también estaba leyendo a Felisberto Hernández. Muy bueno, añadió. Yo había comprado ese libro por un cuento llamado “La casa inundada” que, pensaba yo, me ayudaría a trabajar en un texto propio sobre

la casa de un tío que también se inundaba. Quería explorar la relación de los recuerdos, el agua y la casa.

Mi hermano llevaba algunas semanas sin hacer nada en casa. Di un rodeo contándole que Felisberto no vivió nunca del oficio de escribir, que se ganaba la vida dando conciertos de piano en clubes y restaurantes. Así como él, le dije, llegando al punto que me interesaba marcarle, no puedes vivir de leer en cama todo el día. Le recordé nuestro acuerdo para vivir juntos: tienes que hacer algo, estudiar, trabajar, hacer voluntariado, algo. Le conté de una oferta para trabajar en un *call center*, qué tan malo podía ser. Dos meses después empezó la cuarentena y tres meses después de esa conversación era yo quien estaba aceptando ese trabajo. El apartamento tuve que entregarlo, los libros regalarlos o separarlos en diferentes casas.

El *call center* es el *soft porn* de la explotación laboral. Hay todo un discurso. Trabajé un mes en el *call center*.

Somos especiales. Estamos conquistando el mundo. Queremos que seas exitoso y que te diviertas en el proceso. Lo importante, sobre todo, es que te diviertas. Vamos a cuidar de ti, vas a ser parte de una familia que se extiende en todo el mundo. Solo hay que darle un empujoncito al destino. Nuestra forma de comunicación es el spam, sobre comunicación constante. Eres un receptor universal, pero no debes compartir con nadie la información de la empresa. Recuerda siempre que alguien puede estar supervisando tu computador. El top server puede ver todo lo que se hace en el computador, envía reportes por todo. Todo se puede rastrear. No hay horarios, tú eres dueño de tu tiempo. El acceso a los sistemas es controlado.

Tenemos una cadena de referencias y recompensas. Referir a tus amigos da dinero. Siempre hay que decir lo que estamos haciendo por el otro. Hay que dar respuestas y soluciones. Son cuarenta y ocho horas semanales, dos descansos de quince minutos diarios y un almuerzo de treinta minutos que debes reponer después. El tiempo del almuerzo no es pago. El de descanso, sí. Debes cumplir con tu turno programado de lo contrario te descontamos del pago el tiempo no laborado. No olviden registrarse en el sistema. Cada interacción importa. Estamos aquí para los consumidores, ayuden a los consumidores. Nuestra gente hace la diferencia. Veinte segundos entre una y otra llamada. Hay que aprender a manejar al cliente. Capacitaciones, liderazgo, coaching, fiestas grandes, bonos a final de mes. Eso sí, del otro lado de la línea te putean como si te conocieran de toda la vida.

Al cabo de un mes pude huir del *call center*. Pero mi hermano seguía igual, todo el día leyendo y jugando juegos de computador en su pijama sucia, sin bañarse. Entre los descansos de esas dos actividades iba a clase virtual y hacía los trabajos.

Al recordarlo en aquel estado pensaba en cómo, desafiando la lógica, las personas encuentran la forma de levantarse cada día para respirar. En pararse de las cobijas y su abrazo de calor que invita a morir gentilmente sobre su regazo. En cómo es que caminan y hacen cosas. Puede que se deba a una especie de optimismo axiomático o tal vez se entregan a la enfermedad personal que domina el actual paisaje neoliberal: la sociopatía. Fingir que importa sin que importe un comino. En verdad no lo sé. Hay máquinas que se encienden y no requieren un motivo, solo funcionan, qué extraños son los mecanismos que requieren un propósito para correr. Cuán difícil es encontrar esa energía. Recuerdo haber estado en un lugar similar al de mi hermano. Conuerdo en que comparar locuras es un pensamiento insano, pero recuerdo el

llamado del algodón, el peso de la espalda amarrándome a la cama, los días perdidos en nada. Ahora, al menos, siento un impulso a caminar en círculos, soy preso de una letanía, un deseo primigenio de caminar. Me impulsa una urgencia de escribir, de gritar. Escribir es gritar, aunque en ocasiones el ruido del grito lastime, se ha puesto en marcha un mecanismo que no puedo parar. Una máquina que no funciona bien, cuyas ganas de gritar quiebran la voz, pero que no deja de andar. Por un grito que salió de una garganta herida fue que cesó el ahogamiento. Es un mecanismo que me libera de una prisión mental, un recuerdo en el que golpear, pero la fuerza en las manos se esfuma. Escribo para acudir al grito que quiere salir. Antes recé con fervor como jamás lo había hecho, pero mis plegarias no siempre fueron escuchadas, las cosas transcurren sin que nadie las vea. Golpeo las teclas para que alguien vea, pues en aquel recuerdo tenía ganas de que alguien estuviera viendo, que hiciera algo, que todo parara. Quería que al juntar las palmas de las manos se revelara una verdad conjurada por mi voz interior, convertir la realidad a partir de la máxima irrealidad.

## 2.

Prendo un cigarrillo. Estoy sudando. El sol pega duro. No me gusta fumar cuando sudo, siento que el humo del cigarrillo se pega a la piel como un almizcle. El mejor cigarrillo es a la sombra, con un tinto después de almuerzo o en la noche. El último cigarrillo fue en la terraza hace unos meses. Vuelvo a la escena, al recuerdo que se hace nebuloso, en ese momento tampoco quiero estar dentro del carro de mi madre, ahí está más caliente que afuera, pues hemos apagado el motor del carro y el aire acondicionado, no recuerdo por qué no dejamos prendido el aire. Llevamos rato ahí. Mi tío Álvaro se encuentra respondiendo una llamada, está sentado en un andén junto a la portería del conjunto. Yo viví ahí, en la casa 11, fueron

unos cinco años. Ahí sigue viviendo Néstor, uno de mis padrastros, y mi hermano Martín. Estamos esperando a que salga Néstor para poder entrar. Mi madre y él no quieren cruzar una sola palabra más de la necesaria desde el divorcio. Él sabe que estamos esperando afuera y fue él quien pidió que se hiciera esto mientras no estaba. No quería mirar. Estamos ahí esperando para llevar a mi hermano a una clínica de rehabilitación. Mi madre consiguió el lugar y el dinero. Yo, rendido, le dije que sí a todo, lo que haya que hacer, mamá.

Recuerdo la intervención a mi primo Daniel. Ahí estaba él, sentado, con un temblor frío. En un sofá a mi derecha estaban mi tío Álvaro, mi madre y Judith. En una silla a mi izquierda, Daniel, mi primo, uno de los tres mosqueteros. Juan, Daniel y Martín nacieron el mismo año, 1994. Ahí estaba Daniel desorbitado, con una resaca épica, con el remordimiento de haber golpeado a su madre en la borrachera, con la certeza de que algo, sobre lo cual no podría decidir, estaba a punto de pasar. Ahí estaba yo, la cara dura de la escena, el que le tenía que pintar el panorama más nefasto, y así lo hice, improvisé mi rol y le relaté en detalle lo que sucedería si no accedía a internarse en una clínica de rehabilitación. Así es, Daniel, te denunciaremos por lesiones personales y violencia intrafamiliar. Hoy me tiembla la mano mientras fumo. El escenario más nefasto con mi hermano es distinto: el daño que le ha hecho a otros, a mi madre en particular, tiene evidencias menos contundentes. El peor escenario, le dije a mi madre en una ocasión, mi peor miedo, es que él se suicide.

Después de esperar casi dos horas en la portería, le digo a mi madre que entremos. No tiene sentido esta espera. Entramos a la casa por la puerta principal. Nos abre Yadira, la empleada de servicio de la familia por 20 años. Néstor sale por la puerta lateral, se escurre por la cocina y luego al cuarto de servicio.

Una ráfaga de frío húmedo me regresa a los catorce años. Estoy escaleras abajo en el estudio escuchando una y otra vez un disco de baladas de rock en inglés. Estoy ahí grabando cassettes de canciones de la radio. Estoy ahí escribiendo algo. Estoy ahí intentando que el silencio no me haga desaparecer. Recuerdo el rencor inconfeso de Néstor, la mirada animal que le dirigía a Martín, en un instante analizaba minuciosamente la lista de sus logros y faltas, lo medía contra su apreciación del potencial esperado, del legado al cual debía responder, la constatación del fracaso y al final un silencio, un gesto casi imperceptible, la nariz, el ceño fruncido, el giro en los ojos. Decepción. Supongo que todos fracasamos en los intentos de ser lo que esperan de nosotros. Pero fracasar en las expectativas del padre es devastador.

Yadira nos indica que Martín está en su estudio, lo que antes era el cuarto de televisión, dice que no ha salido de ahí en días y que incluso orina en botellas de agua. A medida que subo las escaleras y veo la puerta cerrada me toma por sorpresa una cadena de pensamiento. Ambos somos presos de la misma locura. Ambos contagiados de la rabia de Néstor. He visto la misma ebullición de violencia en su mirada brillante, en aquellos ojos rojos. La rabia de Martín es un espejo de mis quiebres, salvo por sus manchas de nacimiento refulgentes y su mandíbula chueca que tensa como si quisiera reventar sus dientes. Tanta rabia para un cuerpo tan delgado y pálido. Nuestras lenguas se transforman en un látigo bífido y venenoso que articula a la perfección ofensas y reclamos, uno tras otro, sin fatiga, sin descanso. En nuestros ataques de ansiedad el cuerpo no logra contener las decisiones simples, no importa lo que hagamos, vamos a encontrar la forma de estar equivocados, de albergar la culpa por la decisión incorrecta, el camino no tomado. Mis recuerdos están contaminados.

Al llegar a la puerta me invade la duda. No quiero abrir, ver lo que hay del otro lado, no habrá vuelta atrás si cruzo el umbral. Hace dos años fue igual. Mi hermano perdió su segundo semestre consecutivo en la universidad, le quitaron su mesada y tuvo que entregar el apartamento que tenía arrendado. Fuimos con nuestra madre a ayudarlo a empacar el trasteo. Los muebles estaban quemados por el cigarrillo, la madera con manchas de grasa de varias semanas, había sobras de comida en varias esquinas, loza sucia en el suelo, ollas quemadas, ropa húmeda. Parecía un callejón oscuro entre edificios. No sé si estuvo mucho tiempo dentro de sí o por completo ausente de sí mismo. Pero estuvo en aquel laberinto por mucho tiempo. El olor era como si un pollo podrido se encontrara envuelto en medias húmedas recubiertas con grasa de tabaco.

A medida que toco a la puerta pienso que me fui de aquella casa justo a tiempo. También viví ahí y soy testigo de aquel llamado de los rincones, del lamento de la madera en las noches que hiela la sangre, de los laberintos que se entraman con los silencios y las ausencias. Mi hermano se quedó demasiado tiempo en ese páramo frío sin guardianes guerreros, solo niebla y escarcha. En aquella casa la locura nos excedía a todos. Los que salimos, no salimos indemnes.

Esa casa está llena de culpas, culpas que ocupan los lugares que no pudimos llenar con cosas. La culpa de la madre por dejarlo al cuidado de su padre. Culpa del padre por maldecirlo, por negarlo, por amarlo como se ama a un cachorro, para luego odiarlo como al perro que no obedece. Culpa del padre por cortejar a la empleada del servicio. Culpa mía por abandonar a mi hermano. La casa miente. El mundo nos quitó todo, susurran las paredes. El mundo nos debe algo, se escucha en el suelo de madera.

La casa está llena de secretos. En el sótano, donde queda el estudio, un bar, una sala de juegos, la biblioteca y un cuarto auxiliar, todo está sobre un piso de madera lacada, el lugar donde empecé a escribir de forma desesperada en hojas blancas y un esfero de 800 pesos, allí se fueron acumulando nuestros secretos. Estaban debajo de la madera, en el poso séptico. Dos veces a la semana debíamos prender la moto bomba para que la mierda saliera del poso séptico a la zanja de la calle. Porque en aquellos condominios de familias ricas no había alcantarillado. Las calles eran rojas, arregladas en figuritas diagonales de adoquines, pero a su lado, la mierda andando lentamente. Mierda de ricos. En aquel poso séptico estaban estancados nuestros secretos, y no importa cuantas veces vinieran a revisarlo, siempre volvía olor a podredumbre. Ahí estaban las veces que Néstor le coqueteaba a Marta -la empleada de servicio-, las visitas del esposo de Marta -Alirio era su nombre-, qué hombre tan enfermo de celos y tan feo, y Marta, ella tan bella y tan joven. Ahí también estaba el anhelo de amor de mi madre, estaban mi odio inconfeso a todas las personas y en especial a mí mismo, el nudo de cosas que me atajaban la garganta y mis explosiones violentas en contra de mi raqueta. Estaba mi deseo de escapar de ahí, de aquel no lugar y volver a mi hogar con mi hermano y mi madre.

Vuelvo a tocar la puerta del cuarto. Mi hermano se demora en responder, pero finalmente escucho sus pasos acercarse. Al abrir se sorprende. La traición, hermano, dicen sus ojos. Luego se resigna momentáneamente, en el fondo veía venir algo así. Está en pijama. Hiede. No se ha bañado en días y ha estado con esa misma ropa todo el tiempo. La habitación está llena de restos de comida, papeles regados, el aire denso. Hay ceniza por todas partes. Bajamos a la sala y hablamos con él durante casi una hora. Aún guarda la esperanza de que no pase nada, pero las cosas han entrado en el terreno de lo irreversible. Habla, no para de hablar.

Subimos al auto y no deja de hablar. El trancón es eterno y no deja de hablar. Paramos en la oficina de la clínica y descansa en silencio un rato. Hay problemas con el pago, hay que hacer una consignación, sacar dinero, vuelve a hablar. Ya es el medio día y mi tío se tiene que ir. Mientras mi madre hace las vueltas del pago yo llevo a mi hermano al apartamento que compartíamos hasta hace un mes, hay que recoger algo de ropa, el trancón es interminable, él habla, grita, calla y luego vuelve a hablar. Repite una y otra vez que es un genio, “usted no entiende hermano, yo soy un genio”, “por qué me hacen esto”, “la gente es estúpida, no entiende”. Está fuera de sí o perdido en sí mismo. Llegamos al apartamento, prepara su ropa y toma una ducha. Está más calmado. Recogemos a nuestra madre y vuelve a hablar, más y más a medida que nos acercamos a la clínica en Hato Grande, lejos de la ciudad. Recorremos la clínica y luego le hacen un examen de admisión, protesta, pero finalmente acepta que lo internen, luego el médico dice que lo tienen que inspeccionar para asegurarse de que no traiga drogas. Mi hermano me lanza una mirada, la traición, hermano, algo se quiebra entre los dos.

Veo el álbum de fotos que me regaló mi madre. Hay varias fotos de nosotros tres. A mi hermano rara vez se lo ve sonreír. Reviso cada recuerdo en busca de una clave, de aquel momento en que se rompió algo que desató su sufrimiento y el mío. Se me ocurren varios. Son distintas gotas que siempre caen en el mismo lugar. Loki en la cueva con una gota eterna de veneno cayendo sobre su cabeza, como un metrónomo. Me detengo por un momento, me veo a mí mismo observando la historia en un acto *voyeur*, aun cuando el veneno también me alcanza. En la revisión de recuerdos se cruzan buenos momentos. Los dos escapando del castigo de nuestra madre, yo de once y él de seis, reventados de la risa, él sobre mi espalda, juntos esquivando los muebles de la sala, haciendo amagues y toreándola. La risa que quiere contener nuestra madre finalmente la vence, la hemos contagiado, eludimos el castigo. Ahí

estamos, en el edificio Gaby, lejos de la casa a la que luego nos mudamos con Néstor, los tres bañados en risas. Pienso en cuántos de aquellos recuerdos que pudieron ser su quiebre fueron culpa mía, las burlas infantiles, su repetición hasta encontrar la reacción esperada, ese estallido de furia y luego salir a correr, el escape en medio de risas socarronas. Quizá el golpe que le di una vez en el estómago, esa vez que no era en juego. No recuerdo por qué fue. Él también aprendió a presionar hasta acabar con el otro, a sacarlo de quicio, creció con una mente ágil, afilada y mordaz. Con el tiempo perdí el gusto por ese juego de palabras, las de él dolían más. También se volvió bueno diciendo mentiras, mejor que yo. Las repetimos como repetimos nuestras historias. Pero él cada vez se pierde más, se vuelve más torpe, tropieza en sus relatos con mayor facilidad.

Cuanta crueldad puede albergar un juego de niños, desapercibida. Recuerdo que los primos solíamos jugar a perseguirnos, a cada uno le tocaba su turno, y al alcanzar al perseguido saltábamos sobre la víctima formando una montaña humana destinada a encerrar y sofocar a quien se encontrara abajo. Ese candado de masa y risas que se escapaban con los últimos suspiros era una agonía compartida. Uno de mis primos se desesperaba en aquel juego. Quizá era la razón por la que lo repetíamos una y otra vez. Mi primo creció y sus reacciones se volvieron más bruscas y fuertes. En un punto empezó a apretar la mano más fuerte que yo. No volvimos a jugar con él. Hace unos años, le contó a mi tía y a su padre que lo habían violado cuando tenía apenas cinco años. Un trabajador de la finca de la familia del papá. Yo fui a esa finca en varias ocasiones. Recuerdo que mi primo madrugaba, mi mamá decía que le gustaba ver cómo ordeñaban las vacas. Nadie se imaginó que había un pedófilo en los establos, que un día lo violó y lo siguió haciendo bajo la amenaza de matar a sus padres si decía algo. Recuerdo las mañanas por el cantar del gallo, la leche sin pasteurizar, las idas a la quebrada, dudar en la

roca ante la caída, ver cómo los primos saltaban sin pensarlo. El vacío y de golpe el agua helada. Las idas al río, los almuerzos grandes, estar colgado del corral viendo cómo marcaban los becerros. Quién sabe cuántas veces volvió a aquel establo, solo, cuántas veces aquel hombre se puso sobre él sin dejarlo respirar, cuántas veces recordó la misma tortura cuando nosotros nos lanzábamos sobre él. Cuánta crueldad alrededor y yo totalmente ajeno a ella.

A veces pienso en aquel momento, nadie estaba viendo. Nunca vemos lo importante, cómo hacerlo. La única forma de vivir con el horror sin enloquecer es mirar a otro lado. Si miras por mucho tiempo al abismo, te traga, te penetra, te revuelve las entrañas.

### 3.

“Loco era el epiléptico y el leproso” dice Margarita García Robayo, eran la encarnación del mal, tenían la marca del pecado en su cuerpo, el mal habitando la carne. La respuesta era aislar la manzana podrida. La religión inventó el infierno para ubicar el mal, una canasta que no da abasto. La modernidad inventó los hospitales, los manicomios y los lazaretos, instituciones contenedoras de la enfermedad, que construyen un mundo aislado y permiten una realidad libre de enfermos, de sangre, sin el olor a muerte. La modernidad construyó un círculo para cercar y organizar la muerte y al mismo tiempo concibió las tecnologías y máquinas para masificarla como nunca antes en la historia de la humanidad.

Dicho círculo solo es posible dibujarlo cuando se tiene un concepto de normalidad. ¿Qué es normal en una persona, en una familia? Y si la normalidad en aquella casa era la locura en el mundo de afuera. Y si afuera las personas hablan lo que sienten, si afuera hay cariño sin

reproche, y si afuera hay un mundo más allá de las pantallas, y si no hay secretos, y si no hay palabras y silencios que cortan como el papel el espíritu, y si la normalidad afuera no es más que una ilusión, un llamado a la moderación, una promesa de moderación mediante el uso de medicamentos.

Mi hermano terminó internado dos meses. Un mes en una clínica de rehabilitación donde dijeron que era necesario un examen psiquiátrico para descartar bipolaridad. En el psiquiátrico estuvo otro mes. Encontraron que su cerebro funcionaba dentro de los parámetros normales. Cualquier cosa mal en él no lo mostraron los exámenes. El único examen que no se quiso hacer fue el de niveles de azúcar e insulina en la sangre. Néstor es diabético. Y si fuera eso, su cuerpo lo que retuerce su espíritu ¿sería diferente? ¿cambiaría su historia con una inyección de insulina antes de la comida?

#### 4.

Mi abuelo fue scout, profesor y rector. Estudió en el San Bartolomé de la Merced junto a mi abuelo paterno. Se conocieron, supongo, aunque mi abuelo materno era mayor y una amistad era poco probable. No conocí a mi abuelo paterno, pero de haber sido como su esposa, no habría entablado camaradería con el becado que trabajaba en la tienda. Cuando se graduó mi abuelo materno, entró a estudiar derecho en la Javeriana. Al terminar el primer año dejó la universidad para ayudar económicamente a sus hermanas. Aceptó un trabajo como profesor de colegio, luego fue ascendiendo en el magisterio, por su buen desempeño y padrinaje político. No solo era conservador sino seguidor del mismísimo Diablo, pues él contaba que Laureano

fue su padrino de bodas. Su hermano llegó a ser capitán de la policía. En una foto del álbum familiar aparecen ambos junto a una fogata. No se nota, pero ambos debían estar armados.

Quizá fueron los celos. Mi madre, tíos y tías no tienen mayor reproche de su padre, al contrario, lo quieren y respetan como a un rey. Pero la abuela sufrió de sus celos y al menos en una ocasión le pegó. Fueron los celos por los cuales dejé de ir donde los abuelos. El abuelo le tenía celos incluso a sus propios nietos. Como muchos hombres antes y después que él llegó a dudar sobre la paternidad biológica de algún hijo o hija. Lo mismo le pasó al padre de mi prima, la duda que nunca se atreven a confirmar, lo mismo le pasó a mi padre conmigo. Quién sabe cuantas veces nos miraron e imaginaron algún engaño.

Las pesadillas de los hombres celosos producen hijos e hijas bastardos. Pero el rechazo de la prole puede ser tan común que sus causas no se agotan. Los hijos sin madre, sin padre, sin ambos, abundan. Somos huérfanos y bastardos la mayoría.

Al pensar en mi nombre, pienso en los nombres de bastardos, que quizá no albergan el legado de sus padres en los fonemas que lo componen. Los hijos legítimos, deseados, se llaman como los padres, se llaman como sus héroes, como los abuelos y las abuelas, como madrinas y padrinos, como el primer amor. En ellos hay esperanza de semilla, el inicio de un círculo. Mi hermano y yo somos bastardos de padre, hijos de nuestra madre, ella puso el legado que quería para nosotros en nuestro nombre.

Mi familia está bien. A su cariño y protección acudo con frecuencia, incluso más de lo que me gustaría y de lo que debería permitir mi orgullo. Pero aun así hice una lista de lo que está mal

en la familia materna como un mapa de navegación de mi propio malestar, para encontrar el pedazo de código dentro de mi programación de una familia lumpen burguesa.

1. Mi hermano es adicto al juego.
2. Mi hermano sufre de paranoia cuando fuma.
3. Mi madre fumaba a escondidas. El problema no eran los cigarrillos escondidos, el olor disimulado en el carro, su aliento a mentol. Era el secreto, un muro que ponía entre nosotros y su mundo de mujer. Que la mujer que era nuestra madre fuera un secreto reservado solo para las personas con las que trabajaba. A veces sentía envidia del fervor que tenían las personas que dirigía, no porque quisiera esa parte de ella para mí, sino porque quería ser parte de ese sentimiento, no le quería guardar rencor por no estar.
4. Durante mucho tiempo nuestra madre dormía en un cuarto separado al de Néstor. Nunca se dijo nada al respecto. Un día volvieron a dormir juntos. Luego nuestra madre se fue de la casa conmigo.
5. Mi abuelo sufrió toda su vida de celotipia. Decía que una de sus hijas no era de él.
6. Mi madre sufría de celos.
7. Nuestra madre se fue de la casa conmigo, pero dejó a Martín.
8. Mi hermano tomó un compás y rayó el comedor, mi único legado. Todo en aquella casa era de otra persona. El comedor era lo único que quedaba del apartamento Gaby. Si pudiera pensar en el lugar en que crecí sería ese, el comedor.
9. En la casa ya no comíamos en el comedor. Martín y yo comíamos en el comedor auxiliar dentro de la cocina, a veces con Néstor. Luego llegaba nuestra madre de la oficina.

10. Las familias de mis compañeras y compañeros estaban pasando por un momento difícil. Nuestra madre y Néstor tenían trabajos en el Estado. No sentimos la crisis de la misma forma.
11. La casa era grande, pero nunca la logramos llenar de cosas.
12. Mi madre dejó a mi hermano con Néstor porque creía que no podía quitárselo, que acabaría con su vida. Tal vez al hacerlo sentenció a los dos, incapaces de acompañarse el uno al otro en aquella casa.
13. Mi hermano no puede parar. Una vez escuché de un jugador que no paró en tres días seguidos y murió de falla hepática.
14. Yo no puedo terminar nada.

Mi madre quería vivir con su hermana menor como el Llanero solitario. Mi madre tendría 8 años y su hermana 7. La idea fue de su hermana, le dijo que se fueran juntas a Monserrate, que allá armarían una fogata y calentarían latas de frijoles, que se despedirían de la ciudad y de todos desde la cima. Las imagino juntas con su pelo dorado, mi madre crespa y mi tía lisa, caminando más allá de las montañas en busca de planicies golpeadas por el sol de la tarde. Al llegar allá habrían de domar caballos con el mismo nombre, Silver. Mi tía quería a como diera lugar ser El Llanero Solitario, tanto que le dijo a la abuela que se quitaría los senos si le llegasen a salir. A mi tía la atropelló un bus. Luego le diagnosticaron síndrome bipolar. Le tocaba duro a mi tía, decía la familia. También decían que les pegaba a mis primos. Mi madre también me golpeaba, nunca fuerte, solo una vez sin razón. Mi tía nos ajusta los huesos y los músculos, ella es fisioterapeuta.

Mi familia materna es la única que sentí propia.

Poco a poco pierdo detalles de mi infancia. Cuando pienso en esos años, me veo como otra persona, es una foto, a veces imagen en movimiento, lo veo todo en tercera persona. En cambio, siento todo bajo la piel como si fuera hoy, me sigue invadiendo un relámpago que recorre mi espalda, el temblor en las piernas, el frío en mis manos. Recuerdo la sensación de la helada en las madrugadas, la niebla levantándose sobre la cancha rodeada de pinos podados, paredes infranqueables. Estoy en pantaloneta y me siento solo, tengo 8 años y no hay nadie más en aquella mañana. Rafael se ha ido y me ha dejado con la canasta de bolas para practicar el saque. Agarro una bola y siento su superficie rasposa, ya no tiene pelitos, está pelada y es más rápida. Caliento el hombro, pero las manos siguen heladas. Exhalo y el aire caliente de mis pulmones hace vapor. Respiro, pongo mis pies en diagonal junto a la cinta del campo. Uno, dos, tres golpes al suelto y la bola al corazón de la raqueta, miro al otro lado de la cancha y pienso en superar la malla, en no fallar, el frío se va.

El frío vuelve, estoy en frente de la televisión, debería estar entrenando. Todos me cuentan historias de sacrificio personal, los campeones, los que logran cosas no estaban donde deberían estar, donde estaban los demás. Ellos estaban en la cancha, en el muro. Y sin embargo algo me ancla al sofá, sigo esperando que se acaben los comerciales y siga el especial de Tin Tin. Alrededor están las envolturas de todas las chokolatinas Galak que me he comido.

Está a punto de anochecer y estoy corriendo en el parque, justo debajo de la cancha 9. Juego a la nave espacial imaginaria, a veces solo, a veces con Ricky. Los días se confunden. Recuerdo que me sentía extraño por no tener un amigo imaginario. ¿Acaso lo había olvidado? He

olvidado muchas cosas, pero el frío siempre vuelve, me persigue como un cazador. El miedo siempre me encuentra, aquella sensación en medio del juego, el primer recuerdo, la anticipación de golpear la bola contra el suelo tres veces antes de empezar el movimiento coordinado de brazos, torso, y pies, todo en un mismo compás. Luego un silencio. Sentir el vacío al lanzar la bola al cielo, una y otra vez, en la cancha y fuera de ella. En la cancha a un metro arriba de mi frente buscando golpear en la máxima longitud de mi brazo. La raqueta es mi brazo, es una extensión de mi cuerpo. En la casa lanzo la pelota contra un punto en el techo, un círculo clavado con una puntilla, una y otra vez, siempre hacia arriba, nunca en el mismo lugar.

Al lanzarla viene a mi una sensación de vacío, ver el cielo azul, gris, blanco, el golpe del viento en mi cara, en la espalda, a mi costado, la lluvia, siento el peso de la bola, el sol quemando la piel y encandilando los ojos. Arriba la bola mientras se flexionan las rodillas, la tensión se resuelve en una milésima de segundo, en una explosión, un salto seguido de un golpe, aún suspendido en el aire ver la bola salir disparada, tratar de empujar la bola con la mente al tiempo que se anticipa el movimiento del oponente, y al poner los pies en el suelo, de inmediato volver a saltar como un resorte para acudir a la devolución. Una máquina perfecta, un sistema de reglas concreto, una ritualidad rebotante de sentido que me guarda del frío, pasar la bola y que esta regrese, volverla a pasar. Aquellos golpes me protegen, es una sensación cálida, pero de pronto hay un cambio en el ritmo, me dejo llevar y del otro lado me llega una bola floja, sosa, invitando a que vaya hacia adelante y termine el punto, pero no quiero que se acabe, dudo, el frío me vuelve a encontrar, mis piernas se contraen y todo mi cuerpo se encoge, pierdo el punto. Laverde dice que no tengo espíritu para el juego, se pone iracundo cuando le digo que quiero ser profesional.

Una vez empieza el punto, no se trata de medir distancias y magnitudes, coordinar el pie de entrada, flexionar las rodillas, el peso en los gemelos y los muslos, girar el torso, el brazo de la raqueta atrás, el otro persiguiendo, el golpe en el momento exacto, y el peso del cuerpo hacia adelante raspando de abajo hacia arriba los pelitos de la bola, lo único que importa es el sonido, la prueba infalible de la calidad. Amaba esa repetición, pero odiaba el no juego, la ruptura de la expectativa, la negación del deseo, el momento más aterrador era el desperdicio de la ritualidad, el saque no lograba iniciar el punto, perder antes de enfrentar al adversario. Mi miedo más profundo en aquel juego que se fue tornando macabro a medida que pasaron los años eran las faltas consecutivas en el servicio, la doble falta, el fracaso.

Me gustaba más no perder que ganar. El fracaso siempre rondaba mi mente, al menos desde los diez años. Recuerdo ir en el Renault 12 de mi profesor de tenis hacia los campeonatos, las piernas temblando, un frío vacío que se metía en el estómago, ir al baño a cagar líquido antes de los partidos. El temblor en la mano. A veces se iba en la cancha y me agarraba un fuego endemoniado. Pero solo a veces. La mayoría de veces se me encogían los músculos, todo mí daba un paso atrás y simplemente quería que todo acabara. Cuatro puntos por juego, seis juegos por set, dos de tres sets para el partido, dos partidos, octavos de final, cuartos de final, semifinal y final. Cada punto un laberinto del cual no quería salir. El 24 de septiembre de 1984 Vicky Nelson y Jean Hepner duraron veintinueve minutos en esta conversación de devoluciones, construyendo un laberinto hipnotizante. Me pregunto si ellas sintieron nostalgia cuando se acabó, si un vacío las golpeó al entender que no podrían repetir ese punto jamás. Me pregunto si en algún punto el objetivo del juego era que continuara, si ganar pasó a un segundo plano.

Para Martín la clínica de rehabilitación y el psiquiátrico fueron una derrota. No soportó la clínica, volver a la casa no era una opción, así lo habíamos resuelto entre mi madre y yo. La alternativa era un hospital psiquiátrico, nada de clínicas privadas, si no quería la versión light del confinamiento, que se llevara la experiencia regular, densa, que fuera un llamado a vivir o a rendirse de una vez por todas. La desesperación anuló el juicio, el de nosotros, el de él. Todos íbamos en el mismo barco sin timonel, río abajo. “Primero muerto antes de aceptar que soy adicto”, dijo mi hermano cuando lo fuimos a visitar por primera vez a la clínica. No iba seguir los pasos de alcohólicos anónimos y narcóticos anónimos. No quería aceptar tampoco que era un adicto al juego, pues su voluntad y libre albedrío, su pensamiento era lo único que creía tener. Aceptar que era adicto era renunciar a la voluntad. Cuando estaba en la clínica le empezó a doler una muela. Se le había reventado por una caries. Lo sacamos para llevarlo al odontólogo y al regreso paramos a comprar los medicamentos que le habían prescrito en la clínica. Paramos en el Locatel del centro comercial Galerías, y no dejaba de recriminarnos que habíamos renunciado a él, que no iba a volver a la clínica, que prefería caminar desde ahí, hacer una vida desde cero, que lo olvidáramos. Ambos, mi madre y yo, tuvimos suficiente. Lo dejamos ahí, a la entrada del Locatel y nos fuimos al carro. Allí nos atrapó el miedo, todos los escenarios que se habían desatado en ese momento. Fueron los treinta minutos más largos de silencio que recuerdo. Sin decir mucho, salimos y emprendimos la búsqueda de Martín. No estaba en la entrada donde lo habíamos dejado. Salí corriendo, bajando por la calle 63, tratando de imaginar sus pasos. Pensé lo peor.

Al ver tus lunares jugué a unirlos formando constelaciones. Trataste de contar los míos, examinaste minuciosamente cada parte de mi cuerpo. En ese juego orbitábamos en las noches largas. Es un recuerdo cálido que transita en las fronteras de mi memoria, que me deja junto a fragmentos que amarro con la imaginación, estoy en el jardín, cuando nos decían que levantáramos la mano derecha y rápidamente buscaba la mano en que tenía un lunar, estaba justo en el medio. Continué usando este juego para encontrar mi derecha, lo hice hasta primaria, pues un día me lastimé la mano izquierda y quedé con ambas manos marcadas en puntos similares. Jugaba a encontrar el lunar para no olvidar, para escaparle al miedo paralizante de estar equivocado. Lo importante para escapar del miedo, a ese terror nos alcanzaba cuando jugábamos a las escondidas y sobrevenía la duda de sabernos en la oscuridad, sin tener la menor idea si los demás ya habían dejado de jugar y nos habían olvidado.

No hay una relación de causa-efecto en la locura. Quién sabe cuál es el efecto erosionador, su naturaleza; si es uno o varios. ¿Estará adentro? ¿Afuera? ¿Está en algunos? O está en todos.

Ser recluso era una derrota para mi hermano. La constatación de que habíamos perdido por completo la confianza en que él podría salir del lugar en que se encontraba. Le decíamos que era lo contrario, que ese esfuerzo lo hacíamos porque confiábamos en que aún podía llevar la vida que quería para él; una pareja, hijos, trabajo, una casa. También lo hacíamos porque habíamos llegado a la conclusión desesperada que no había otro camino para que lo lograra -al menos en mi caso-. Mi madre nunca lo ha dicho en voz alta, pero estoy seguro que piensa en

otras opciones como exorcismos, imposición de manos, baños herbales. Pero Martín siempre optará por el psiquiátrico antes de un exorcismo. La fijación de mi madre con estos temas espirituales es tal que unas semanas antes de llevar a Martín al psiquiátrico contrató a un curandero. Era un conocido de un cura que le había ayudado a su esposo a salir de una enfermedad mental, causada en parte, según ellos, por brujería. El curandero le dijo a mi madre que le habían hecho un *trabajo* cuando estaba esperando a Martín. Después de una semana del primer encuentro, la citó junto a un ayudante en el cementerio del norte de la ciudad. Después de buscar el lugar por media hora y cavar con disimulo, encontraron el cadáver de un feto con puntillas atravesadas en su cráneo. El hombre le dijo que con eso habían querido matarla a ella, a Néstor y a Martín.

Martín pensaba que tras ser internado ya no habría vuelta atrás. Que iba a ser condenado a aquel lugar.

Una ráfaga de escalofrío.

Me gustaban los partidos cerrados, donde ganaba un punto y luego me ganaban el siguiente y después de varios minutos en juegos de ventaja y *deuce*, casi que, por accidente, alguien rompía el ciclo con dos seguidos. Siempre era una diferencia de dos, dos puntos, dos juegos, dos sets. En algunos campeonatos cambiaban las reglas para hacer los partidos más rápidos, y era incluso mejor: empatábamos 40-40 -que es un *deuce*- y se jugaba un punto que definía ese juego. Era casi como lanzar una moneda al aire que definía el ganador. Mi único miedo era no lograr empezar el punto, fallar mi saque. Odiaba los juegos donde lograba una ventaja abrumadora sobre mi oponente. Un escalofrío aterrador se iba esparciendo por todo mi cuerpo

y pum, perdía una bola, empezaba el descenso, la caída estrepitosa y sin fondo. Perdía un punto tras otro, se iban acumulando y la cantidad de bolas hacían montañas que cerraban todas las puertas para salir de aquella pesadilla que terminaba siempre en el mismo resultado: mi derrota. No perdía nada, lo sabía, pero al mismo tiempo lo era todo, perder en lo que me definía como persona me convertía en un no-ser, un no-yo, me volvía a la arcilla de la nada. Una pesadilla de la cual no logro salir aún y que solo quiero que acabe.

Ahora no me queda más remedio que volver a intentar otro saque, retomar el ritual, tres golpes al piso, la bola al corazón, mirar adelante, donde todo termina y vuelve a comenzar, coordinar el movimiento como lo he entrenado tantas veces, a sabiendas de que le tengo miedo al miedo. Una espiral que no acaba y que me abraza. No me queda más remedio que lanzar la bola al aire, ver cómo el tiempo se ensancha para dejarla suspendida una eternidad ahí arriba, recortada contra el cielo gris. Mi cuerpo sabe lo que tiene que hacer. Mi cuerpo lo hace. Todo se juega en ese instante.